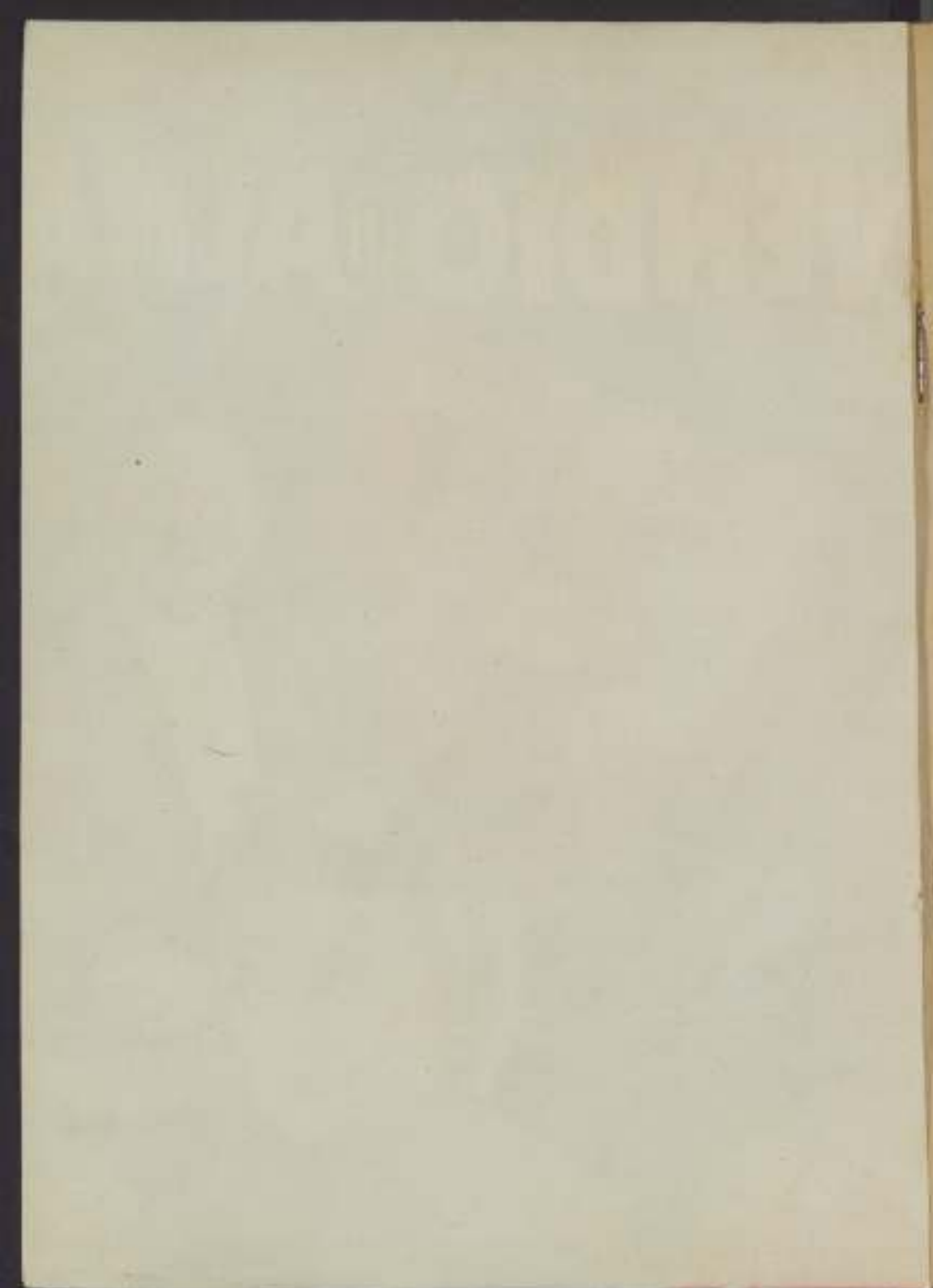


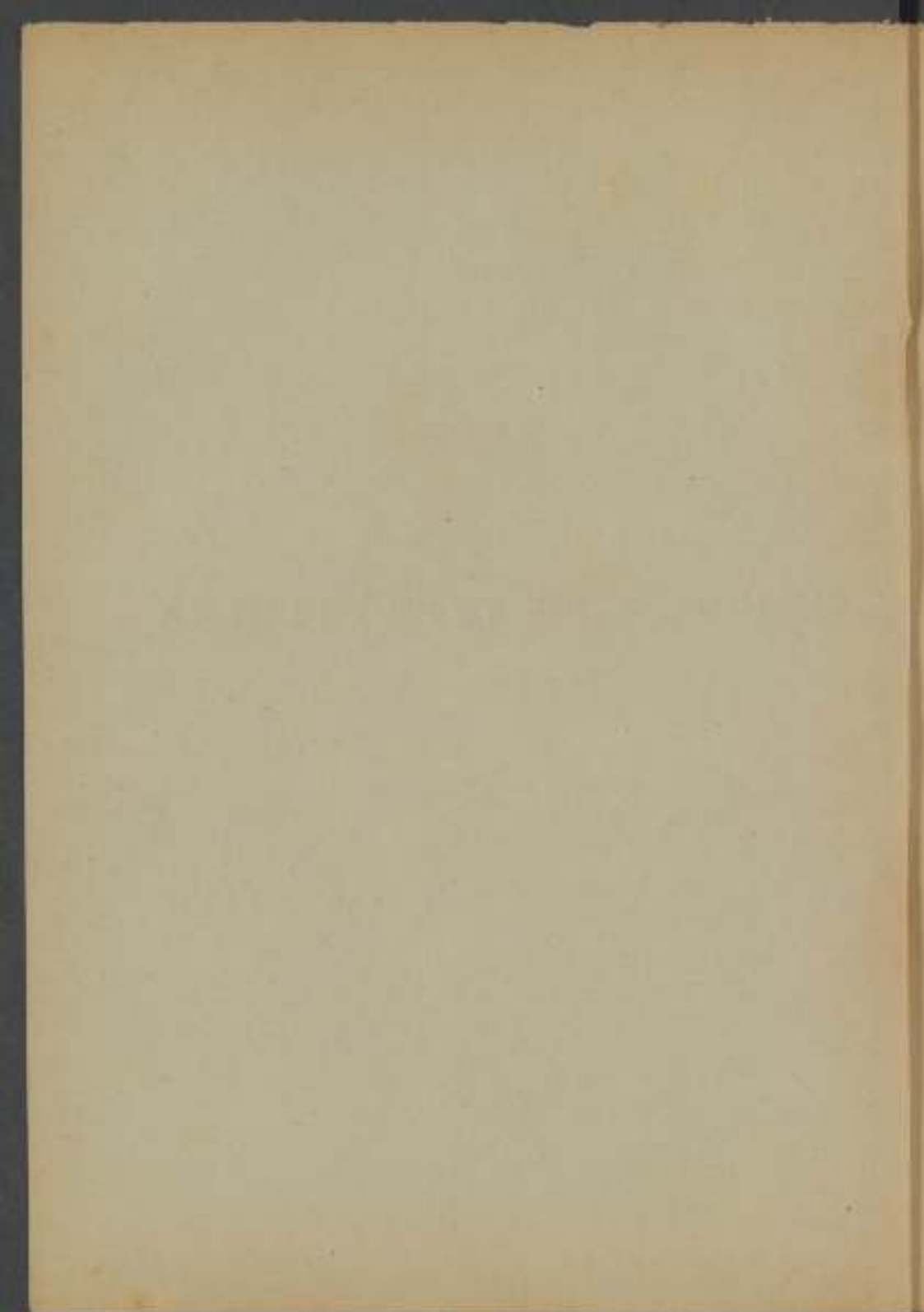
EL HOMBRE QUE VENDIO su ALMA

Simon
SIMON
James
CRAIG
Edward Arnold





EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

El hombre que vendió su alma

Magnífico dramático asunto, profundo y aleccionador

Dirección de
WILLIAM DIETERLE

Distribuido por
ASTORIA FILMS, S. A.



PRINCIPALES INTÉRPRETES

Simone Simon
Anne Shirley
James Craig
Edward Arnold

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll & Valencia, 197 & Barcelona

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO I

EL PACTO DE JABEZ STONE

Los preludios de la primavera habían deshelado los campos y la tierra de los caminos era un horroroso barrizal. Las grandes nubes invernales aun persistían como guardianas de la lontananza. Sin embargo, la Creación entera agradecía la tibia atmósfera que indicaba el fin del invierno.

Un grotesco hombrecillo, que empujaba un extraño bastón con

su mano cubierta por un guante, se rascó la rala barbita de su mentón y se acodó meditabundo en la barda del camino, contemplando una granja que había poco más allá. Luego, sacó una libreta del bolsillo y la hojeó, deteniéndose en una página en donde se leía: "Jabez Stone. 27 años de edad. Cross Corner. New Hampshire". Extendió su brazo, como si arrojara algo, y reanudó su caminata...

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

* * *

Sonaban cristalinas las campanas de la iglesia, cuando Jabez Stone terminó de enganchar el caballo al carro y vocó a su madre y a su esposa que se dieran prisa. La primera no tardó en salir de la casa y auxiliada por él subió al vehículo, lanzando una complacida mirada en torno suyo.

—Mira, hijo, alégrate. Tenemos todos salud, tenemos todavía buena comida guardada, y mira ese cielo. Grandes nubes en él como si fuese nieve que flotara, pero, aunque truene, algo nos avisa que viene la primavera. Dime si no es una buena esperanza para una familia de New Hampshire...

Mary, esposa de Jabez, suplicó su ayuda para evitar el barro. El joven se entretuvo a tirar un palo al perro, que ladraba alegremente, y, al tomar a Mary en sus brazos, se percató de que ella le miraba sonriente.

—¿Qué te sucede? ¿Tengo yo algo raro?

—No, nada.

—Entonces, ¿a qué obedece esa risa?

—Mira, Jabez; tú te has afeitado cuidadosamente, yo me he puesto mi vestido de los domingos y voy a la iglesia con mi marido. Casi la primera vez desde que empezó el invierno. Si eso no es bastante motivo...

Jabez ocultó lo que pensaba de las mujeres, colocándola en el carro, pero soltó las riendas al oír los ladridos del perro y los gruñidos del lechón, a quien Shep perseguía con el encono de un cazador. A costa de arrojarle sobre la paja medio podrida, logró separarles. El cerdo permaneció tumbado en el suelo, exhalando agudos alaridos.

—Jabez, ¿qué ha pasado?—preguntó Mary, al verle regresar con el lechón en brazos.

La ininteligible respuesta de Jabez la indujo a entrar con él en la casa, en donde su esposo se sentó junto al hogar, palpando el cuerpo del herido, a quien hablaba con

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

acento tranquilizador. Por último, hizo una mueca de contrariedad.

—Sí; se ha roto una pata. Dame la caja, Mary. Recuerdo que mi padre decía que cuando la mala suerte andaba por el mundo, el labrador es el primero que la coge.

—No te apures, Jabez; recuerda que en nuestra boda prometimos no cambiar de genio, aunque el tiempo fuese malo o bueno, o fuésemos más ricos o más pobres—y tocando la pierna del joven, exclamó: ¡Oh, Jabez, tus pantalones están manchados! Trae que te los limpie.

Los puso a secar al fuego y cubrió sus piernas con una manta, mientras la señora Stone se quitaba la capa y suponiendo resignada que no iban a ir a la iglesia, abrió la Biblia y leyó:

—“Había una vez un hombre en la tierra de Uz, cuyo nombre era Job y era un hombre perfecto y paciente...”

—¡Maldita sea!—exclamó Jabez, por no conseguir que el lechón se estuviera quieto.

—Jabez, ¿qué manera de hablar es esa en un día de fiesta y leyéndos yo un libro santo?

—Lo siento, madre — se excusó—. Ese tal Job puede que tuviera contrariedades, pero no una suerte tan mala como la mía.

—Vamos, Jabez Stone, con esa

suerte tan mala como la que tú dices tener, se ha hecho esta tierra de Nueva Inglaterra y se ha desarrollado.

Jabez dió la llamada por respuesta, terminó la cura y colocó al cerdo en un cajón cercano al fuego con infinitas precauciones, que no conmovieron al impaciente gorrino.

—Jabez, no lo dejes demasiado cerca del fuego o tendremos cerdito asado para la comida—bromeó Mary.

—No será en día de vigilia—protestó la madre.

—Era de broma. ¿Cree usted que se me iba a olvidar?—la calmó, sentándose a su lado—. Deme el libro, mamá. Voy a leer algo más alentador del libro de Ruth... si a usted no le importa que cambie de capítulo, mamá.

La bondadosa mujer accedió con presteza y Mary volvió varias páginas hasta encontrar el pasaje deseado. Pero no pudo leerlo, ya que sonaron las ruedas de un carruaje atravesando la cancela y la joven anunció que Tom Sharp llegaba con otros dos hombres. A una indicación de su esposa, Jabez se puso los pantalones, que había olvidado, y acogió a los recién llegados.

Tom Sharp era un hombre joven como Jabez y fué presentando a sus compañeros, Van Brooks y Eli

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Higgins, de Massachusetts y de Vermont, respectivamente, interrumpido por la hacendosa señora Stone, que les obligó a limpiarse los pies antes de entrar.

Aposentados junto al fuego, rompieron el hielo hablando del cerdito lesionado. Brooks atascó su pipa de tabaco y aplicó una ascua.

—Los sábados podrá fumarse en Massachusetts, pero aquí no—avisó la señora Stone.

El hombre se guardó sobresaltado la cachimba y, tras de muchas alternativas, el tono de la conversación se hizo normal al preguntar Jabez a Higgins, que parecía de muy buen humor:

—¿Cómo ha ido el año en aquella parte de vuestro campo?

—Hombre, el trigo pintaba bien; salió sano y con fuerza, pero luego tuvimos una granizada... ¡Una granizada en junio! Y con granizos tan grandes, que las gallinas se sentaban sobre ellos tomándolos por huevos. Ya puede usted figurando cómo estaremos todos los de por allí con tales novedades.

Aceptaron agradecidos los trozos de pastel que la hospitalaria madre repartía. Brooks agitó su cana cabeza y prosiguió la charla, entre mordisco y mordisco:

—Pues eso no es nada. Nosotros tuvimos una tormenta de nieve en

agosto. Tanto frío hizo que un hombre se heló del todo, menos su corazón. Claro que antes ya lo tenía helado.

—El prestamista, ¿eh?—adivinó Sharp.

—¡Qué lástima que no hubiera sido ése el señor Stevens!—suspiró Jabez.

—¿Es usted también cliente del señor Stevens?—indagó Sharp.

—Claro que lo soy—afirmó.

—Sí; es la deuda, y los réditos y el interés. Ese es el problema nuestro, de los campesinos, hoy por hoy—aseguró Sharp.

—Las gentes de las ciudades también tendrán sus problemas, pero cuando un granjero va mal, no puede levantarse tan fácilmente—rezongó Higgins.

—Deberían cambiar la Ley—apuntó Brooks, mirando a Jabez—. Esta es la razón por la cual hemos venido los tres, vecino.

—Sí; nosotros, los granjeros, deberíamos formar una especie de Asociación para defendernos mejor. ¿Qué piensa usted, Jabez? ¿Qué le parece a usted?

Jabez, halagado por haber sido consultado antes que nadie, meneó afirmativamente la cabeza, estudiando sucesivamente sus rostros.

—Hombre, no me parece mal, pe-

EL HOMBRE QUE VENDIO SU ALMA

ro yo... me gustaría pensarlo un día o dos.

Estuvieron de acuerdo en que su petición era lógica e Higgins se disgregó del grupo con glotona expresión, yendo a felicitar a la madre por su habilidad de cocinera.

—¿Quiere usted otro pedazo?— adivinó la anciana.

—Desde luego, sí. Gracias, señora, gracias—dijo, recibiendo el último y más grande trozo.

Mary, así que se hubo reunido Higgins con los demás campesinos, recogió la fuente y exclamó, con evidente tristeza:

—¡Oh, mamá! Y yo que pensaba guardarla para mañana.

—Es la ley divina dar de comer al hambriento, aunque se coma toda tu casa y tu hogar, hija.

Momentos después los tres visitantes eran despedidos por Jabez

en el porche. Antes de marcharse, le entregaron un pliego, indicándole que lo leyera y citándose para la semana siguiente.

—¿Sabéis? Estaba justamente pensando si esta idea nuestra pudiera a lo mejor no gustar en Washington—dijo Jabez.

—¿Y por qué no? — indagó Sharp—. Hay presentado ahora un proyecto en el Congreso, para dar uniformidad a la Ley Agrícola. Daniel Webster la está defendiendo precisamente ahora.

—¿Black Daniel?

—Sí, el hombre más grande de todos los Estados Unidos. Es senador por Massachusetts. Y probablemente lo elegirán presidente la próxima vez; seguro.

—Lo sé, lo sé. Dicen que cuando habla, basta las estrellas del cielo se asoman para escucharle.

* * *

Quizá esta opinión hubiera complacido a Webster, que en aquel momento escribía uno de sus famosos discursos alentadores, resistiendo al Diablo, que, con la figura del hombre que se detuvo frente a la granja de Jabez, le tentaba:

—Oyeme, Daniel Webster: estás perdiendo tu tiempo en escribir discursos como éste. ¿Por qué preocuparte de los pobres y sus problemas? Piensa en los tuyos propios. Tú necesitas ser Presidente de esta Nación y en verdad mereces serlo. Piensa... el día de la jura en el Parlamento, las bandas de música tocando, los desfiles militares, el sol brillando y las banderas y las colgaduras ondeando al viento. La gente aplaudiendo y vitoreando a Daniel Webster. ¡Presidente de los Estados Unidos de

América! No seas tonto; si tú continúas preparando un discurso como éste, nunca llegarás a ser Presidente.

Webster se agitó confuso, casi dominado por la tentación. De repente, dió un puñetazo sobre la mesa.

—¡Cállate ya!

Y una vez tranquilo, repasó lo escrito:

—Yo quiero decir a cada hombre que trabaja su propia tierra, a cada mecánico, artesano y trabajador, en cada ciudad y en todo el campo; yo quiero decir a todos los hombres y en todos los sitios que desean ganarse su vida honesta por medios honestos... "Tened cuidado de los lobos que se disfrazan con piel de cordero".

* * *

Así, de mano en mano, pasaban los periódicos; de boca en boca, sus discursos, conmoviendo a la gente humilde y sencilla, para la que reclamaba libertad en la ejecución de sus derechos humanos, poniéndoles sobre aviso en contra de los usureiros, prestamistas y prevaricadores.

—¿Podremos nosotros, sin reprocharnos a nosotros mismos, suplicar al Señor que "perdone nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores?"—terminó Jabez, plegando el periódico.

—Es un lenguaje maravilloso el que el señor Webster emplea ahí. Movería a las piedras — aseguró arrobada su madre.

—Más nos valdría que conmoviera al viejo avaro Stevens. Todavía tenemos que pagarle.

El sheriff se caló el sombrero y se dispuso a partir, muy contrariado:

—Sí, no podrás evitar esta hipoteca. Lo siento, Jabez, yo bien quisiera poder hacer algo por ti, pero tú ya conoces a Stevens. Querrá

echarte fuera de la granja, si no le pagas esta misma noche. La Ley es la ley, Jabez.

Se despidió de sus tres interlocutores, dejándolos sumidos en un mar de desesperación. Mientras la señora Stone regresaba a sus quehaceres, Jabez se sentó a los pies de su esposa, preguntándose qué podían hacer.

—Todavía tenemos el dinero de mis arras—ofreció Mary.

—¿El dinero de tus arras? Pero, Mary, ya se gastó...

—¿Se fué todo?

—Sí, hija, todo. Tuve que pagar la cuenta del veterinario. Si no, no hubiera querido cuidarros el caballo esta vez. Y ya sabes que no hubiéramos podido labrar con una bestia sola...

Mary le acarició la cara, frunciendo por el pesar y la perplejidad. El contacto, que le consoló algo, no logró disipar su mueca, porque estaba pensando en lo tremendamente pobres que eran.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Si el cerdito no se hubiera roto la pata, se lo hubiera llevado.

—Jabez, ¿no podríamos llevarle en substitución un saco de semilla?

—Lo necesitamos para sembrar la próxima primavera.

—Pero tú siempre me has dicho que el campo de la colina necesita un descanso. Ahora, que si tú crees...

—Yo soy labrador, Mary, y lo seré siempre. Para mí la semilla es algo más que una cosa con que pagar deudas; es vida, más vida que todo. Pero veo que llevas razón. No tenemos más remedio y voy a hacerlo.

Se enderezó, irguiendo su alta estatura y se apartó de ella en dirección del corral, prometiéndole que ingresaría en la Asociación de Agricultores. Su madre arrastraba a un ternero hacia la puerta, cercanos a la cusi había un carro.

—¿Cómo ha caído en tener preparado el ternero, madre?

—Me figuré que no tendrías ningún dinero.

—Y se figuró usted bien. ¡Maldita sea!—gritó, arrodillándose para apretar la correa del cuello del animal.

—Esa es una palabra que estás usando ahora muy frecuentemente, Jabez—le amonestó su madre—.

Maldito sea esto y maldito sea aquello.

—Pues algunas veces ayuda, madre, el decirlo.

—Bueno, hijo, si eso te ayuda...—respondió para no contradecirlo.

Mary se asustó al saber que el ternero se uniría a la semilla e iría a parar a las manos del usurero. Apesurada subió al carro y ayudó a su esposo a cargar el animal, escuchando los enternecedores mugidos de la vaca.

—Su madre le está llamando. Y además es un ternero tan bonito.

—Llevas razón, Mary, es muy bonito. Por eso es por lo que creo que Stevens querrá tomarlo para completar el resto de la deuda.

De un empujón depositó en el carro al animalito, que rebullía inquieto. Mary estiróle del testuz, resbaló al hacerlo y cayó de espaldas contra el suelo, en donde quedó inmóvil. Jabez lanzó un gemido y la tomó en sus brazos, obediendo las indicaciones de su madre.

En el interior de la casa, la depositó en un sillón junto al hogar y se disponía a buscar agua para reanimarla, cuando los repetidos alaridos y protestas de Shep, hicieron, sin hacer caso de las órdenes de la señora Stone, explotar su cólera.

—Déjelo que ladre si eso le sa-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

tiáfase. ¡Maldito sea! ¡Bastante mejor está él que yo!

—No hables de esa forma, Jabez—le regañó su madre.

Rezongando, malhumorado, cogió un caso y se disponía a llenarlo, mas fué interrumpido por un alboroto de cacareos, aletazos y corridas precipitadas en la parte del gallinero. Miró por la ventana, maldiciendo a las gallinas, y la señora Stone le avisó que el zorro hacía de las suyas.

—Deme esa carabina—aulló.

Tomó puntería. El zorro salió a la carrera con algo en la boca. Su excitación malogró el disparo. Rugió la boca del arma, pero el zorro escapó incólume y al hajar la escopeta, con aire de que ponía a los cielos por testigos de su infortunio, la madre indagó:

—¿Le has dado?

—No, no le dí. ¡Maldición! Y se ha llevado dos pollos de raza Plymouth, de los mejores.

—Bueno, nos arreglaremos sin ellos. Anda, vete tú a bajar el grano. Yo atenderé a Mary.

Relativamente apaciguado, entró en el granero, se echó a cuestras el pesado saco y bajó en un vuelo las escaleras, pisando el umbral de la construcción. De repente, al dar un paso para salvar un charco, sus manos se debilitaron; el saco cayó

contra el agua sucia, derramando su contenido en el fango. En tanto que lo recogía, su cólera se renovó:

—Esto es bastante para hacer que un hombre venda su alma al diablo y yo lo haría por dos céntimos.

¡Inmediatamente encontró en la palma de su mano izquierda el precio de la venta!... Dos moneditas nuevas y relucientes.

Espantado por el hallazgo, soltó el saco y escudriñó el sombrío interior del granero, expresando su esperanza de que nadie le hubiera oído. Pero estaba muy equivocado: en el fondo, sobre unas balas de paja, había un grotesco hombrecillo, con un bastón de rara empuñadura, guanteado y con una barbita rala, que temblaba al refr...

—Buenas tardes, amigo Stone—saludó cortésmente.

—¿Quién es usted? — exclamó, retrocediendo.

—Mi nombre es Scratch. Frecuentemente me llaman así en esta región.

Algo infernal de su aspecto, las llamitas que brotaban del ascua de su cigarro, la inoportunidad u oportunidad de su presencia en el granero, y más aún su nombre, gracioso y espantoso a unísono, le hicieron precipitarse hacia él, protegiendo:

EL HOMBRE QUE VENDIO SU ALMA

—Yo... yo no quiero nada con usted.

—¿Vas a negar que tú me has llamado?—dijo burlón, adelantándose—. Yo he conocido gente que se volvía atrás de su palabra, pero... pero no creí que los hubiera aquí, en New Hampshire.

—Eso no me lo diga usted a mí. Yo soy de New Hampshire y si yo digo de llamarle, lo llamo. Y además, lo he llamado.

—Tú has tenido un poco de mala suerte estos días, y, sin embargo, es tan fácil librarte de ella. Cuando yo pienso en tus oportunidades...

Al oír estas palabras tranquilizadoras, el miedo le dejó en paz y su oído se tendió, alerta, ávido.

—Desde luego—dijo, dando una chupada a su cigarro—. Pero, hombre, ¡si tienes una de las mejores granjas de la comarca! Solamente que tú lo estás haciendo todo al revés. ¡Oh, muchos hombres lo hacen!... ¡Trabajar duro! Eso está bien para gentes que no sean capaces de hacer nada mejor, está bien para gentes que no tienen suerte; pero cuando tú puedes tenerla, no debes trabajar tú para los demás. Son los demás los que deben trabajar para ti.

—Bueno, amigo, todo eso suena muy bien, ¿pero cómo puedo yo alcanzarlo?

—Un hombre listo como tú, puede encontrar dinero en cualquier parte... Dinero para pagar sus deudas, dinero para su mujer y sus hijos, dinero bastante para ser un hombre rico. Todo lo que necesita es un amigo que se lo haga ver. Así. ¡Mira!...

La punta afilada de la bota de Scratch se clavó en la paja del suelo y desenterró un montón de brillantes monedas de oro. Con un grito de incredulidad, Jabez cayó de rodillas y acarició las monedas sin cuento que había ante él. De súbito se asustó y retrocedió, pero Scratch no tardó en tranquilizarle, tanto que no oyó la voz de Sharp llamándole.

—Alguien le llama a usted, señor Stone—le advirtió.

Sacudió de sí el ensueño en que se hallaba y abandonó contristado y con cara de pocos amigos el tesoro, cerrando la puerta del granero detrás de él, y se dirigió hacia Sharp y Brooks.

—¡Hola, Jabez! Hemos venido a preguntarle si al fin se ha decidido ya a unirse a nosotros por lo de la Asociación.

—¿Asociación?... ¿Qué Asociación?—recobró la memoria y ordenó impaciente—: No, no, no quiero unirme a ustedes. ¡Váyanse! Déjenme solo!

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Nosotros no queremos farzarle; es sólo por el bien suyo, amigo. Deberíamos todos reunirnos después de ese discurso de Daniel Webster.

La entrevista ya había terminado para Jabez, que tornó a la puerta del granero, con cauteloso mirar en todas direcciones. Parecía un sonámbulo. Al escuchar el nombre del senador, sintió una sorprendente irritación:

—Daniel Webster no puede ayudarme. Dejadme solo.

Sin más explicaciones les abandonó, cerrando la puerta de golpe. Una extraña claridad le permitió reunirse con Scratch sin tropiezos y de nuevo se hincó de hinojos, palpando las monedas.

—Dígame, ¿de dónde procede?

—Ya conoces el viejo cuento. El tren cargado de tesoros que desapareció en un viaje a Saratoga. Y parte de este oro, pues... ha resultado escondido en este pajar.

La embriaguez de la ambición dominaba por completo a Jabez, impidiendo que descubriera la siniestra sonrisa de su interlocutor.

—Sí, sí. ¿Por qué no ha de ser mío?—se dijo Jabez.

—Sí, claro. Y la gente se olvidó o el hombre que lo sabía se murió... En fin, ya sabes cómo ocurren estas cosas.

—Es mío... es mío—balbuceó Jabez, llenando su gorra.

Pero la mano de Scratch le detuvo.

—Claro, es completamente suyo, señor Stone—afirmó y sacó un papel—. Sólo falta una pequeñísima formalidad. Desearía que firmases aquí, ¿ves? Y una vez estemos de acuerdo, éste durará siete largos años. Es el plazo de costumbre. Pero, desde luego, podremos hablar de una renovación en tiempo oportuno.

La mano de Jabez tembló al leer las palabras finales. Era algo que contradecía a su puritanismo anterior, ya muy zozobante con las penas, la miseria y, finalmente, el oro descubierto por su repentino auxiliar.

—¿Qué es esto que se dice aquí acerca de mi alma?

—¿Pero es que va eso a preoza parte?—se burló con voz acariciadora—. El alma... el alma no es nada. ¿Puedes tú verla, u olerla o tocarla? Esa alma... Tu alma... Nada a cambio de siete años completos de buena suerte. Tú tendrás dinero y todo lo que con dinero puede comprarse. Te aseguro, amigo Stone, que si no fuera por la reputación que ya tengo de ser un comerciante generoso...

Había en sus palabras una ligera

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

amenaza, al retirar el contrato de su poder. Jabez, temeroso, pues sabía que si negaba la riqueza desaparecería, indicó que estaba dispuesto a firmar. Entonces, Scratch sacó un alfiler y le tomó la mano.

—Me temo que tendré que pincharte un dedo, amigo Stone, pero, ¿qué es una pequeña molestia para un hombre tan afortunado?

Arrancó una pluma de la cola de una gallina, la mojó en la sangre de Jabez y le hizo levantar, señalando el lugar de la firma. El joven se apoderó de la pluma y apoyó el contrato contra el tabiquete de madera. Al punto un trueno horrendo, que delataba la alegría de las potencias infernales, sacudió al granero y los contornos.

Después, Scratch le soltó y mientras Jabez volvía a su oro y llenaba su gorra con las monedas, estudió su firma, antes de doblar el contrato.

—Excelente. Una firma magnífica. Una firma que durará hasta el día del Juicio Final. Me complazco en felicitarte, amigo Stone. Vas a ser el hombre más rico de New Hampshire...

Acalló el último vestigio de protesta de su conciencia y abrió la puerta del pajar. Atardecía y la luz del ocaso recortaba unas nubes san-

grientas. Detuvo su partida, exhalando una exclamación:

—¡Oh!... A propósito... ya se me olvidaba. ¿A cuántos estamos hoy?

—A siete de abril.

—De 1840. Quiere decir que esto durará hasta el día 7 de abril del año 1847.

Con la punta de su cigarro grabó la fecha en el tronco de un roble cercano a la entrada del pajar. Las letras humearon, profundamente impresas en la corteza. Y el diabólico personaje, prosiguió su perorata:

—Sólo por simple recuerdo, aunque, desde luego, no dejaremos de vernos constantemente entretanto —hizo un ademán hacia el horizonte— Una magnífica puesta de sol...

Desapareció. Jabez concluyó de llenar su gorro y corrió hacia la casa, sorprendiendo a las mujeres que le creían ido. Sin reparar en la impresión que producía su nervosismo, gritó:

—Mary, ¿qué harías si de pronto tú tuvieras un montón de monedas de oro?

—Pues yo... yo no sé. Yo pagaría lo que debemos y quizá hasta me compraría un sombrero nuevo; pero realmente creo que seguiría viviendo igual que ahora.

Con un gesto teatral depositó la pesada gorra en el regazo de su es-

EL HOMBRE QUE VENDIO SU ALMA

posa. Algunas monedas resbalaron y brillaron cegadoras sobre la falda. Las dos mujeres no dieron muestras de alegría, mientras él hacía saltar el tesoro, presa de una verdadera fiebre.

—¡Mary, mira!... ¡He hallado un tesoro! Lo he encontrado en el pajar.

La señora Stone se irguió con incredulidad patente.

—Escondido en el pajar, ¿eh?

—Sí, madre. Estaba escogiendo el grano y de pronto vi brillar una cosa en una quebradura. Escarbé un poco y... ¡allí estaba!

—La cosa más increíble que en mi vida he oído contar—le replicó.

La indiscernible sospecha de la señora Stone se había comunicado a la joven, cuyos hermosos ojos le observaban extrañados del profundo cambio delatado por su marido. Jabez, absorto en acariciar su riqueza, tardó bastante en percatarse de su sutil hostilidad.

—Pues es cierto, madre. ¡Mírale, cógelo con tus manos y llénatelas, madre!... Mira, Mary... Mary. ¡Tócalo! ¡Son buenas, son de verdad!... ¿Qué es lo que te pasa? ¿No estás contenta?

Mary estaba fatigada por el esfuerzo de adecuarse a la alegría de su esposo. Su pálido rostro hurtaba

su mirada. Cuando contestó, lo hizo con voz mate:

—No lo sé, Jabez, pero lo procuraré. Sólo que he de hacerlo poco a poco.

Se sentaron a la mesa y la señora Stone regresó con un puchero humeante, sin salir de su asombro, ni del presentimiento de que toda aquella riqueza iba a ser la causa de su desgracia.

—Un tesoro, ¡hum!... Bueno, es pero que al menos nos sirva para alguna cosa de provecho.

Jabez estaba realmente molesto de su impasibilidad. Decidido a no separarse de su riqueza, la colocó delante de él, entre su pecho y el plato, que su madre llenaba con un caso. Y volvió a insistir en los beneficios que obtendrían, por muy dudosa que fuera la animación con que recibían sus profecías.

—Madre, ya no tendremos que apurarnos ninguno de nosotros. Somos ricos.

—Bueno, eso conforta mucho. Come—dijo la señora Stone, tomando asiento.

Jabez olió el manjar que humeaba en el plato e hizo una mueca de repugnancia, pronto retenida por una súbita idea. Cogió la cuchara y la enarboló sobre su cabeza, entusiasmado:

—¡Patatas cocidas y leche!... ¡Ya

EL HOMBRE QUE VENDIO SU ALMA

no comeremos más patatas cocidas y leche!... Ahora comeremos pavos y ostras y dulces... Y un sombrero nuevo para ti, Mary, y un vestido nuevo también para ti, madre. Vamos a tener la mejor granja de New Hampshire y la voy a tener en seguida aquí, en mi mano.

Golpeó con fuerza la gorra y su madre apretó los labios contrariada.

—La gorra no se debe poner en la mesa.

Mientras su hijo la quitaba, inclinó la cabeza para pedir la bendición de Dios sobre sus alimentos. Mary siguió su gesto y Jabez, con aire ausente, hizo lo mis-

mo por la fuerza de la costumbre.

—Señor, te damos las gracias por tu comida. Concédenos tu bendición y ayúdanos para que se haga tu voluntad. Amén.

Pero Jabez no oyó las palabras maternas, sumido en unos ensueños más que fantásticos. Veía su vida transformada, el amor de su madre y de su esposa asegurado por el pacto; la riqueza, la felicidad habían llamado a su puerta. Y, cuando tuviera un hijo, no sufriría lo que él. Sería un verdadero señor y no desperdiciaría sus años y su vigor sobre el terruño.

—Con nada más que hacer... con nada... —murmuraba para sí.

CAPÍTULO II

EL PACTO SE CUMPLE

Al día siguiente, Jabez detuvo su carro delante de la casa del usurero, en el momento en que el sheriff se marchaba del edificio con aspecto mustio de quien se ha llevado un gran desengaño. Saltó el joven del pescante y ambos hombres se saludaron.

Es preciso confesar que el sheriff se animó un tanto al ver la alegría de su rostro, pero tornó a recaer en su gravedad, así que le anunció:

—Acabo de hablar con Stevens para ver si te daba un poco más de plazo en tu pagaré.

—¿Y no ha conseguido usted nada, eh?—supuso Jabez.

—No.

El joven le cogió por el brazo y le llevó hasta la puerta, suplicando que le acompañase durante la conversación.

Stevens era un hombrecillo de ojos de loco y de movimientos furtivos como de rata, que se dispararon en cuanto sonó la llamada de

Jabez, apresurándose a ocultar las monedas, que acariciaba, debajo de su cama. Luego dió permiso para que entrasen y antes de que hubieran tenido tiempo de hablar, aseguró, sentándose ante su escritorio:

—Está usted perdiendo su tiempo y el mío. No estoy dispuesto a conceder a usted más plazo.

—Bueno, vamos a ver, Stevens. ¿Podemos hablar de ello un momento?

—No puedo costearlo. No me paga nadie en estos días. Diga, Stone, ¿ha traído usted el dinero?

—Yo... yo he procurado traerle a usted algo. He pensado que quizá trayéndole a usted una parte de lo que le debo...

—No, no, Stone — protestó el avaro.

—En oro...—insinuó Jabez.

Envió una moneda de tal metal sobre la mesa. Stevens casi la pilló al vuelo, la frotó con la mano, la mordió y la guardó precipitadamente en un cajón.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Me gustaría saber de dónde ha podido usted sacarlo—gruñó.

—Ya sabe usted. Hay gente que tiene suerte para todo. Y hay otros que pueden coger las cosas en el aire. Por ejemplo así.

Una nueva moneda siguió toda la trayectoria de la anterior y la misma suerte. Los ojos de Stevens se desorbitaron y se encaró con el no menos estupefacto sheriff.

—Sheriff, usted es testigo de que este dinero me ha sido dado voluntariamente y, aunque no sirve para pagar la hipoteca, es de mi propiedad.

—¿No sirve?—se rió Jabez—. Pues tenga más, y más y más... y esto, y esto... y esto.

La lluvia de oro que cayó sobre el escritorio de Stevens finalizó por último. Jabez se apoderó de su pagaré de un montón de papeles y lo rasgó, diciendo:

—Sheriff, usted es testigo de mi pago. Las cosas quedan de este modo aclaradas. Vámonos, sheriff.

Stevens se quedó apilando las monedas. De pronto, la admiración inmensa por el hombre que saldaba con tanta facilidad sus cuentas se unió a una no menos inmensa envidia. Encerró su riqueza y se puso la gorra...

Jabez hizo unas compras fantásticas en el almacén del pueblo, pa-

gando al contado rabioso, lo que mereció las más cumplidas reverencias de todo el mundo y el agradecimiento del dependiente al recibir una buena propina. Subió al pescante del carro, pero le detuvo Mary, que le pidió su opinión sobre un sombrero nuevo.

—Lo encuentro muy elegante—afirmó.

—Es el último grito de la casa "La Elegancia de las Señoras"—se apresuró a informar la modista.

—¿No lo encuentras demasiado caro?

—Nada es demasiado caro para tí. Quédatelo, quédatelo, desde luego.

Los rostros de ambas mujeres resplandecieron de satisfacción, aunque por motivos diferentes, como se comprende.

—Bueno, pero antes póngale unas rosas, que no le vendrán mal... Jabez, ¿puedo comprarle un mantón nuevo a mamá?

—Claro, Mary. Compra lo que te plazca y no tengas prisa. Yo voy a llegarme a casa del herrero, porque quiero comprarme un arado nuevo. Tardaré una media hora en volver.

Arreó los caballos; Mary casi chocó contra el dependiente de la abacería, que salía de su casa soplando un corpulento trombón.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Eddie, ¿a dónde va usted cargado con su instrumento?

—¿Pero no está usted enterada, señora Stone? Daniel Webster viene a Cross Corner. ¿No viene usted a la recepción?

La misma noticia recibió Jabez en la herrería. Daniel Webster estaba tirando unas herraduras con el herrero, a quien vencía con una facilidad de experto en el juego; pero el triunfador era tan buena persona que resultaba un placer perder.

—Bueno, ya es hora de marcharme. Aquella gente de Cross Corner debe estar esperándome ya — dijo el sudoroso senador, buscando su levita.

—Realmente, no está muy lejos, señor Webster — susurró Scratch, que estaba entre los espectadores.

—¡Oh! ¿Es usted de nuevo?— bufó el senador disgustado—. ¿Qué es lo que quiere?

—Hombre, he pensado que como se van acercando las elecciones presidenciales, quizá pudiera usted necesitar alguna ayuda, señor Webster.

—Mejor quiero verle a usted en la oposición que a mi lado, amigo.

—No, si yo estaré también allí— rióse Scratch.

Sin hacer caso de su fanfarronada, Webster se apartó de él a tiem-

po de ver que Jabez lanzaba una herradura con una pericia asombrosa. Su instinto de jugador se despertó y exclamó complacido:

—Oiga, eso está muy bien tirado, joven.

—¿Muy bien? Es perfecto — se enfurruñó Scratch, a quien se debía el certero lanzamiento.

—¿Jugamos diez tantos, señor Webster?—propuso Jabez.

—Muy bien. Vamos a jugar diez tantos—aceptó, quitándose la chaqueta.

Y tal fué la causa del retraso del personaje y de la impaciencia del pueblo reunido en la plaza de Cross Corner, a quien el Alcalde trataba de calmar por medio de excusas y de ensayos del desfile, capitaneado por un veterano de la Guerra de la Independencia.

La partida de herraduras concluyó una hora más tarde, con el total triunfo de Jabez. Webster sudaba, aunque reconocía gustoso su derrota de la misma suerte que sabía triunfar sin alarde. Estrechó, pues, la mano de Jabez con calor espontáneo, que aumentaba la simpatía natural del joven.

—Muy bien, usted ha vencido. Le debo una invitación. Ahora, verdaderamente, debo marcharme. ¿Quiere venir conmigo al pueblo? Le llevo.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Deslumbrado por el ofrecimiento, Jabez no vaciló en aceptar y, mientras Webster se vestía la chaqueta, rogó al aprendiz que se hiciera cargo de su carro.

El retraso del senador había dado el fruto lógico. La plaza de Cross Corner estaba desierta, exceptuando a unos chiquillos que corrían por ella y que, al verle aparecer en compañía de Jabez, se dispersaron en todas las direcciones, anunciando su llegada.

—Por lo que veo no soy demasiado popular en Cross Corner—comentó humorísticamente.

El Alcalde ahogaba su decepción en la taberna con otros cariacontecidos bebedores. Sabedor de la tardía presentación del diputado, abandonó la bebida y corrió al exterior, en compañía de varios curiosos, que aun empuñaban las jarras.

—¡Y mirad quién viene con él!—exclamó uno de ellos.

El carruaje de Webster se detuvo al pie del porche de la taberna, en donde la primera autoridad de Cross Corner se deshacía en reverencias. Ofreció Scratch una jarra al senador, el cual protestó:

—¿Y para mi amigo? Vamos a echar un trago y un brindis por el campeón Jabez Stone.

Poco después, Jabez sostenía un recipiente lleno de licor y lanzaba

orgullosas ojeadas en torno suyo, pues la gente y los curiosos se apiñaban en número creciente alrededor del coche, observándole con envidiosa complacencia. Incluso Mary, acomodada en su carro, experimentaba un reflejo de su contento, que aumentó Webster oliendo el licor y suspirando:

—He aquí un hombre que sabe bien lo que le gusta a Daniel Webster. Ron de Medford. Un soplo de la tioria prometida. Y ahora bebamos a la salud del campeón de tiro, Jabez Stone.

De un solo trago apuró el enorme vaso de ron y gimió encantado. Entonces Jabez, de acuerdo con su nueva situación, propuso brindar por él, a quien titulaba campeón de los Estados Unidos, en tanto que el Alcalde ordenaba en voz baja congregar a la banda. Un atrevido chiquillo, subido en el pescante de su coche, estudiaba atentamente la frente del senador.

—¿Qué es lo que estás mirando, amiguito?—indagó Webster—. ¿Cómo te llamas?

—Martin Van Buren Aldrich, y mi padre es el único demócrata de Cross Corner. El dice que usted tiene cuernos y rabos, señor Webster, pero yo no se los veo todavía.

—Hombré, señor Martin, el caso es que yo sólo los llevo cuando es-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

toy en Washington. Pero si alguna vez tú vienes allí, ya te los enseñaré con mucho gusto.

—¿Sí? ¿De verdad lo hará usted, señor Webster? — suplicó con ansiedad, en medio de las carcajadas de todos.

—Desde luego; y dile a tu padre de mi parte, que puede ser que estemos políticamente uno enfrente del otro, pero que a mí siempre me gusta encontrarme con hombres que se mantengan firmes en sus opiniones lealmente. Mientras así lo hagan todos, habrá mutuo respeto en esta tierra. ¿Me has comprendido, Martín?

El chiquillo se escabulló afirmando. Scratch, con diabólica astucia, hizo correr la voz pidiendo a Webster unas palabras y, a unisono, hacía que los párpados del senador pesaran, rindiéndole de sueño. De manera que cuando el Alcalde instó al personaje que accediera a los deseos del pueblo, recostóse en el coche y protestó soñoliento:

—¿Que hable? Estoy un poco cansado, señor Alcalde. Y, además, aquí se está tan bien... El sol y el aire son tan agradables en Cross Corner...

Murmuró a Jabez que les hablase en su lugar y se entregó a un sueño profundo, que consternó e indignó

al público. Jabez bajó del coche, se puso al lado del Alcalde y empezó a decir, maravillando a sus convecinos:

—Oíd, amigos... yo... yo no sé mucho de discursar, pero creo que es mi deber de... — las palabras se le atropellaron en la boca, pero Scratch le auxilió y prosiguió—: Sí, amigos, lo que yo quiero decir es... en fin, cuando un hombre como Daniel Webster nos visita, no debemos pedirle un discurso. Somos nosotros los que debemos hablarle para decirle que los hombres del campo, tenemos puestas nuestras esperanzas en lo que él puede hacer por nosotros cada día. Que creemos, que si hemos de tener trigo en nuestros graneros y comida en nuestra casa, ello será debido a nuestro buen amigo y conciudadano Daniel Webster...

Y prosiguió su discurso por este estilo, patentizándole los motivos que tenía Webster para quedarse dormido, agotado por su trabajo, acariciado por el aire de su patria, asegurándole que los campesinos continuarían con su esfuerzo la obra de él a fin de que no resultara estéril.

Hubo un aplauso de aprobación cuando concluyó de hablar, que despertó a Webster y le dejó alerta y alegre como de costumbre.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Apretó enternecido la mano de Jabez y aseveró:

—Elocuente discurso, amigo Stone. Yo mismo, en las actuales circunstancias, no hubiera podido hacerlo mejor.

Que el célebre senador dijera esto delante de los habitantes, fué algo que inundó a Jabez de felicidad, aumentada al notar que Mary apoyaba una mano, temblorosa de emoción, en su brazo, mientras él balbucía unas palabras de agradecimiento:

—Señor Webster, quiero presentarle a mi esposa Mary.

—¡Hombre! Pero, ¿es la pequeña Mary Simpson de Franklyn, no?

—Sí, señor—respondió ella, con no menos contento.

—Tienes un buen marido, pequeña. No te apartes de él.

—Eso es lo que procuro, señor Webster.

—Esto es verdaderamente delicioso, pero tengo que regresar a Franklyn antes de que anochezca. Adiós, Mary, y da muchos saludos a tu madre. Que el Señor os bendiga a los dos y muchas gracias.

Saludado por todos, se alejó rápidamente. Jabez y Mary montaron en su carro y emprendieron el regreso. Stevens les salió al encuentro y se descubrió respetuoso, mientras que la charanga del pueblo, capitaneada por el veterano de la Guerra de Independencia, irrumpía en la plaza, marcial... y tardía.

* * *

Jabez, en su dormitorio, todavía no se había recobrado de la excitación producida por los señalados acontecimientos del día. Con las manos cruzadas bajo la nuca, contemplaba el techo, sin poder dormir. Mary le escuchaba paciente y amorosa, aunque sintiendo la inquietud que la desasosegaba desde el descubrimiento de las monedas.

—¿Te acuerdas, Mary, cómo me lo dijo? "Yo mismo no lo hubiera podido hacer mejor, Jabez Stone". Y era mi primer discurso. Yo no sé qué es lo que me pasó. Sólo sé que me levanté y empecé a salirme las palabras de la boca como si fueran agua.

—Sí, Jabez. Pero estoy contenta de estar de nuevo en casa. Estoy un poco fastidiada.

—Pues ya no hay nada que pueda fastidiarme. Tú sólo ten paciencia y verás. Esto es sólo el principio... Solamente el principio en todos los aspectos. Voy a ser el hombre más rico y el más grande de

New Hampshire; y tú vas a ser la mujer del hombre más importante...

Muy agitado, se sentó en el alféizar de la ventana e hizo callar a Shep, que ladraba desesperado a la luna.

—No vayas a enfriarte Jabez.

—Hay luna nueva, Mary —dijo suavemente, contemplando al satélite.

—Sí, lo sé, Jabez. Ella nos trae esperanzas y promesas. Esperanzas y promesas de una magnífica cosecha. ¿Qué te pasa?

Su esposo se había levantado de un salto y se inclinaba hacia afuera. Del granero, desgajándose de las sombras, surgió Scratch, que le hizo un ademán amistoso y se esfumó andando a saltitos con sus piernas ligeramente arqueadas.

—Nada... Nada en absoluto—replicó.

Pero de repente había sentido un amor, exigente, imperioso, protector, hacia su mujer.

• • •

Jabez, atraído por el cuerno soplado por Mary, soltó el arado y entró en su casa poniéndose la chaqueta. Las dos mujeres estaban sentadas a la mesa y, con la cabeza humillada, suplicaron la bendición del Señor por boca de la madre.

—Señor, te damos gracias por tu comida. Envía sobre nosotros tu bendición y ayúdanos a hacer tu voluntad ahora y siempre. Amén.

Jabez, durante el rezo, había estado comiendo, sin disimular su indiferencia. Su madre, impacientada por su impiedad, suspiró y, tras del primer bocado, reprochóle:

—Escúchame, hijo. A mí no me molesta, como comprenderás, que un Stone vuelva a ocupar un puesto importante en el mundo, pero las cosas que van muy deprisa, nunca suelen llegar...

—Oyeme tñ, madre — le interrumpió irritado—. Yo ya no soy un niño que no sabe lo que se hace y te ruego que lo tengas muy en cuenta. No tengo ningún deseo de

permanecer toda mi vida hecho un triste labrador de tres al cuarto.

La señora Stone calló, pero Mary salió suavemente en su defensa:

—Pero, Jabez, antes tú decías que nada nos haría cambiar...

—No me importa lo que dijera antes. Lo que tienes que entender es lo que digo ahora. He cambiado de manera de pensar.

Y dominado por una incomprensible rabia, se marchó de la casa en dirección de los campos. Por un momento enmudecieron ambas mujeres; finalmente, la señora Stone exclamó:

—¿Y era mi hijo ese que hablaba?

Después de esta escena, Jabez se enfrentó con un miserable campesino, llamado Hank, que se lamentaba de su mala suerte y que se animó considerablemente al oírle asegurar que estaba dispuesto a auxiliarle en todo.

—Gracias, Jabez. Realmente lo que yo necesito no es mucho. Sólo si usted pudiera dejarme algo de

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

grano que poder sembrar esta primavera... Con eso ya podría empezar...

Le tranquilizó con una broma y le guió al granero, cuyas escaleras subieron hasta las pilas de sacos, comprados al día siguiente del hallazgo del tesoro. Tal riqueza deslumbró al pobre Hank.

—Oiga, y respecto al interés, usted...

—No se preocupe ahora de eso.

Ya lo arreglaremos en su momento. Hoy no vamos a hablar de negocios. Sólo quiero que sepa usted una cosa. Yo no soy hombre que se haga rico a costa de arruinar a los demás. No. Yo no. Yo también he pasado malos tiempos, amigo, y ya sé cuáles son sus pensamientos ahora. Mire. El mejor grano que puede encontrar en New Hampshire.

Y abrió el saco, tentadoramente.

• • •

A pesar de sus buenas palabras, Jabez tenía muy distinto propósito. El negocio de Stevens le atraía y pronto se encontró metido de lleno en él. No obstante, algo cambió en su interior, cierta tarde en que, encontrándose indispuerta Mary, se paseaba nervioso delante de su madre.

—Estoy agitado, madre... —dijo, al rogarle ésta que se sentara—. No estoy bien... no me encuentro bien...

—¿Oh, Señor! Cualquiera diría al verte y escucharte que fueses tú quien va a tener el niño. Siéntate, hombre, que me pones nerviosa. Así

es como piensan los hombres. Creen que su hijo es la cosa más importante del mundo.

Jabez se paró en seco, cegado por la noticia, y se arrodilló junto a ella, cogiéndole las manos, con lo que la buena mujer se pinchó un dedo.

—¿Un hijo!... ¿Te das cuenta realmente de eso, madre?

—Creo que ya puede una darse cuenta cuando va a ser abuela. Veremos si tú también llegas a ello.

Jabez fué hasta la ventana, estudiando el cielo, en donde las nubes se apelotonaban tumultuosas. Re-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

lampagueaba de vez en cuando y el aire sacudía todas las cosas. Una admonición flotaba en el ambiente. Pensó en su pacto y le sobrecogió el temor.

Iba a tener un hijo, él, que había vendido su alma al diablo y que pasados siete años moriría. No le vería crecer, ni ser hombre, ni trabajar. No, no le vería. ¡Y la vergüenza de estar condenado!... ¿Era realmente una ventaja el dinero a cambio de la felicidad de un hijo? Se puso junto a su madre, sentándose en el escalón.

—El dinero es una cosa muy curiosa, ¿verdad, madre?—dijo, pálido, buscando su socorro moral.

Estaba en un círculo vicioso. Su hijo o dinero... su dicha.

—Eso depende un poco de cómo se obtiene y de cómo se gasta—le contestó serenamente.

—Pero yo no gasto ninguno, madre.

—Pues deberías gastarlo, hijo; es para lo único que sirve.

—¿Tú lo piensas así realmente?

—Sí, eso es de sentido común. Fíjate, un hombre como Daniel Webster creo que gana tanto dinero como el que se merece, pero te aseguro que merece tanto, porque con él ayuda a los demás. Y en eso estriba toda la diferencia.

—Lo sé, pero, dime, ¿y si un

hombre obtiene su dinero por malos caminos?—preguntó, buscando solución a su problema y recibiendo en pago una aguda mirada.

—Nunca le servirá de provecho. Y esto lo sé, hijo, porque soy vieja y tengo ya mucha experiencia. Cuando un hombre obtiene su dinero con malas artes, cuando ve el camino recto y toma el torcido, entonces es que el diablo ha entrado en su corazón y se lo tiene paralizado.

—Sin embargo, un hombre podrá librarse de todo eso, ¿verdad, madre?

—Un hombre puede siempre cambiar en sus decisiones. Eso es lo que le hace ser diferente de los animales irracionales... ¿A dónde vas, hijo?

En un abrir y cerrar de ojos, Jabez estaba golpeando el roble acusador con una afilada hacha. Pese a todos sus esfuerzos, ni la corteza saltaba, borrando las letras, ni el árbol se amuescaba, antes bien el hacha acabó por embotarse.

El cielo era cada vez más tormentoso y gruesas gotas de lluvia mojaron a Jabez, que proseguía dando hachazos desatinados. Un trueno lejano casi se confundió con la voz de Scratch:

—Vamos, vamos, amigo Stone, no hace falta ponerse tan excitado.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Si yo fuera usted no trataría de derribar ese árbol. Eso sería como una ruptura de contrato.

Estaba sentado en su lugar predilecto, en el fondo del granero, royendo una zanahoria. Jabez se volvió hacia él como si le hubiera picado un áspid.

—No me importa.

—Pues debería importarle, ahora que va usted a ser padre...

—No le permito que se ocupe de eso.

El hacha cruzó el aire contra Scratch, que levantó la zanahoria y la fundió con la punta de la hortalisa, prosiguiendo tranquilamente la conversación, mientras la tempestad estallaba furiosa, vertiendo agua y granizo.

—Claro que no, ciertamente. Ni siquiera vendré al bautizo. Sería una falta de tacto y, para mí, de evidente mal gusto. Pero puede ser que envíe a un amigo mío para que esté al cuidado de las cosas. Sí, creo que eso es lo que haré.

Al sonar su risita sarcástica, el granizo reemplazó totalmente a la lluvia, espesándose en el suelo y formando una blanca capa. La señora Stone salió de la casa con un farol en la mano y llamando a su hijo a medida que se aproximaba al granero. Al recibir la orden de marcharse, Scratch se apoderó de

un manojo de zanahorias y se puso en movimiento.

—Su madre es una señora a la que encuentro un poco difícil y no muy a propósito para negocios como el nuestro. Buenas noches, querido señor Stone.

La madre encontró a Jabez contemplando la tempestad con mirada extraviada y condolióse de ello, atribuyéndolo a la causa más aparente.

—Va a perderse la cosecha.

—No me importa—aseguró sombrío.

—¿Pero qué manera de hablar es esa? Ya sé que tú habías trabajado mucho este año, hijo, pero ya saldremos adelante.

A lo que él respondió, con pasión:

—¿Saldremos? ¡Ojalá así no fuera! Nunca pensé que me alegraría tener mala suerte, pero ahora la deseo. Nunca pensé que me alegraría una granizada en tiempo de la recolección, pero ahora me alegro... Y me alegro de la lluvia, y de la tormenta y del granizo...

Pero su buen propósito desapareció al día siguiente al visitar los campos en compañía de Mary, que lloraba al inspeccionar los destrozos. El agua y el granizo habían arrasado completamente los sem-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

brados. Era un espectáculo desolador.

—Arruinados... todos los campos arruinados...—gemía.

—Sí, es terrible lo que ha hecho el granizo en algunos campos, pero no en *mis* campos. Mira, Mary, no ha tocado ni un solo grano de mi trigo. Voy a tener una magnífica cosecha.

Ciertamente, como un islote en medio de un mar proceloso, surgían las espigas de trigo de Jabez. Era tan inexplicable que, cuando saludó a los propietarios de los demás campos, éstos simulaban no haberle oído.

Pues la risa de alegría de Jabez era tan indignante como lo que vaticinaban para el futuro y solamente...

CAPITULO III

EL CAMBIO DE JABEZ

Solamente cabía una explicación, que fué dada en tono irónico, en la taberna de Cross Corner, por uno de los campesinos perjudicados.

—Hay que reconocer que Stone está en buenas relaciones con la Providencia... de alguna manera.

Aunque el campo de Hank, según propia expresión, no servía ni para nido de cuervos, rechazó de plano la proposición de Stevens, empeñado en ayudarle, y prestó, en cambio, atención Sharp, haciendo los demás lo mismo.

—Espero que ahora estaréis todos dispuestos a formar nuestra Asociación, ¿eh, muchachos?

—No, esperad, esperad — gritó Stevens—. Yo puedo ofrecerles condiciones muy ventajosas, mucho mejores.

Le ordenaron que se callara y continuaron acodados en el mostrador, muy pensativos. Abrióse la puerta y entró Scratch, en mangas de camisa, vivaracho y parlanchín.

—¡Hola, muchachos! ¿Cómo estáis? ¿Habéis visto qué granizos?

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Eran tan enormes como bolas de billar. A mí me han roto todos los cristales y a poco si me matan el gato.

Pidió un trago de lo fuerte, sin apartar sus ojos de los campesinos. Se lo bebió de un golpe y encendió un cigarro.

—Muchachos, os traigo una oferta de Jabez Stone— anunció, apagando la yesca.

—¿Qué oferta es ésa?

—Pues que en vista que debido al granizo de ayer ninguno tendrá que recoger nada en su propio campo, Jabez ha pensado que quizá querríais ayudarle en la recolección del suyo.

Sacudieron melancólicamente la cabeza, mientras uno gruñía en protesta de la osadía de Jabez.

—Nunca he trabajado para nadie en toda la vida, excepto cuando era un chichuelo y entonces lo hacía solamente para mi abuelo— dijo Hank.

—Yo no quiero hacerlo—contestó Sharp, marchándose.

—Pues yo no lo sé. Tengo que pensarlo un poco—contestó el más cauteloso de todos.

—¿Y qué es lo que tiene eso que pensar? Aquí hay un dólar de anticipo para todo aquel que quiera venir a trabajar por cuenta de Jabez Stone.

Diciendo esto, arrojó entre sus brazos una moneda de tal valor, incluso al puesto vacío de Sharp, seguro de que tendría que ceder, como en efecto ocurrió.

La cosecha de Jabez fue magnífica. Todos los campesinos trabajaron para él, con cierto agradecimiento en lo íntimo de sus almas por las inesperadas monedas que hacían esperar el arreglo de sus desgracias y un mejor año próximo.

Cuando todos los silos y pajares estuvieron henchidos de espigas hasta reventar, sucedió el nacimiento del hijo de Jabez. Era de noche y en el patio, iluminado por una hoguera, con la pura techumbre del cielo estival sobre sus cabezas, los labradores celebraban bailando y cantando el acontecimiento.

La música ponía de mal humor al joven, que iba inquieto de un lugar para otro, siendo necesario que su madre le serenara, afirmándole que Mary no oía ni una nota.

Poco después, Mary le tendía unos cálidos pañales, en cuyo interior rebullía un niño. Estremecido de gozo, lo tomó en sus brazos y se acercó a la ventana para mostrarlo a sus invitados, mientras su madre enviaba a la crida en busca de un ladrillo caliente.

—¡Mirad todos, mirad! ¡Es mi hijo!

EL HOMBRE QUE VENDIO SU ALMA

—Es un chico. ¡Hurra por Jabez Stone!

La charanga continuó sonando con ininterrumpida fuerza. La señora Stone le alejó de la ventana, rezongando algo sobre el relente y los constipados.

—No te enfades con él, madre—suplicó Mary—. Estas cosas no acontecen todos los días. Jabez, quisiera una cosa.

—Sí, Mary, ¿qué es ello?

—Quisiera que lo llamásemos Daniel.

—¿Por Daniel Webster? — preguntó frunciendo las cejas.

—Sí. ¿Sabes? Le escribí al señor Webster pidiéndole que fuera el padrino de nuestro primer chico. No te importa, ¿verdad?

Jabez murmuró unas palabras negativas, pero era innegable que la petición le contrariaba. Porque envidiaba a Webster más que a nadie; le hacía sombra su nombre, su bondad...

—Pero, bueno, ¿qué es lo que te ocurre, Jabez? — exclamó su madre—. ¡Y yo creía que te íbas a alegrar muchísimo de tener a Daniel Webster por compadre! Anda, baja un momento a ver por qué se retrasa Dorothy.

Jabez se despidió del médico y descendió meditando a la planta baja. Casi sin mirarla, habló con

sequedad a una mujer que estaba arrodillada junto al fuego del hogar. Y en lugar de la criada, se le encaró una joven bellísima, atractiva, de una rara dulzura y malicia de expresión, a la que el humo envolvía como un halo.

—¿Usted no es Dorothy?

—No. Se ha ido. Yo he venido en su lugar. ¡Oh!, ¿no lo recuerda usted? Usted me escribió una carta.

De! seno se sacó un papel. El comprobó rápidamente si decía verdad.

—Sí, parece mi escritura.

La carta se chamuscó como un destello en los dedos de la desconocida. Mientras se le acercaba con un andar sinuoso, supo Jabez a quién debía la presencia de aquella muchacha en su casa, mucho antes de que ella lo dijera.

—Sí, es. Tengo también otra recomendación de un amigo de usted muy querido—dijo casi rozándole y haciendo ademán de mostrársela.

—No hace falta—la detuvo—. ¿Cómo se llama usted?

—Belle Dee—dijo con voz seductora.

Jabez hizo un esfuerzo por domar el encanto que le fascinaba y sólo a duras penas, como en sueños, pudo balbucear:

—Belle Dee... Y ¿de dónde viene usted?



*—Mi nombre es Scratch. Frecuentemente
me llaman así en esta región.*



Desenterré un montón de brillantes monedas de oro.



—Sí, sí. ¿Por qué no ha de ser mio?—dijo Jabez.



—Una firma magnífica. Una firma que durará hasta el día del juicio final.



—Vas a ver el hombre mas rico de New Hampshire.



*Jabez bajó del coche, se puso al lado del alcalde
y empezó a decir...*



—No le permito que se ocupe de eso.



El hacha cruzó el aire contra Scratch.



*Mary le tendía unos cálidos pañales,
en cuyo interior rebullía un niño.*



—Belle Dee—dijo con voz seductora.



Amenazó a los músicos para que tocasen.



—¿Usted sabe que ésta es mi casa?—se entrevistó Belle.



Ciego de rabia se precipitó sobre su mujer.



*Corrió hacia el roble, intentó derribarlo,
mientras las lágrimas humeaban.*



*—No tengas miedo, Jabez, y acuérdate
de lo que dicen los libros santos.*



*—¿Está usted dispuesto a darme su hijo a cambio
de una renovación de nuestro contrato?*

EL HOMBRE QUE VENDIO SU ALMA

—De más allá de las montañas.

—¿De más allá de las montañas?

La sonrisa de Belle fué triunfal. Se separaron rápidamente al escuchar la voz y el taconeo de la señora Stone en la escalera. Jabez quiso recoger el ladrillo envuelto en un trozo de manta, pero ella le detuvo.

—No, eso soy yo quien debe hacerlo.

Belle cruzó entre la señora Stone y el doctor. La primera al advertir a su hijo observando a la desconocida con tan apasionada expresión, quiso enterarse de quién era, pero no obtuvo contestación.

La impresión de Mary fué semejante a la de su suegra al ver penetrar en su alcoba a la elegante y hermosa desconocida, que colocó el ladrillo bajo sus pies y dando muestras de un espíritu servicial, cerró la ventana, protestando:

—Usted no puede descansar así... Es esa música y usted necesita dormir. ¿Necesita usted alguna otra cosa, señora Stone?—dijo, dirigiéndose a la puerta.

—¿Cómo se llama usted?

—Belle.

—Gracias, Belle—respondió Mary, muy pensativa.

En la salida la desconocida tropezó con la señora Stone, que se hizo a un lado contrariada del con-

tacto. Mary reparó en ello e inquirió:

—¿Qué muchacha más guapa y más amable! ¿Quién es?

—La nueva sirvienta, dice Jabez. Pero yo no sé por qué, a mí no me acaba de gustar y no creo que debamos tenerla mucho tiempo en casa.

—Eso es Jabez quien tiene que decirlo. El es el cabeza de familia.

Jabez estaba firmando uno de sus crueles y ya tristemente famosos contratos de préstamo, cuando Belle pasó por delante de él en dirección de los danzarines. Se desbizo en un abrir y cerrar de ojos de sus interlocutores y corrió detrás de ella.

—¿Quiere que bailemos, Belle?

—No, señor Stone. Su sitio está al lado de su mujer—aseguró esquivándole.

Mezclóse a los bailarines, cuya animación creció al ruego de un hombre que deseaba que todos bailasen. Jabez notó algo como si el alma se le escapara detrás de ella; unos maravillosos celos rugieron en su interior, una necesidad imperiosa de enlazar su brazo en torno de su tallo... Y como un ciego la persiguió.

Ella era cada vez más esquivada. Scratch, que tocaba ásperamente el

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

violín, rióse burlonamente de sus esfuerzos, y a cada ocasión en que el joven tenía cercana a Belle, aumentaba el ritmo, la velocidad de la danza, exclamando:

—Más deprisa... más deprisa... más deprisa.

Y la tentación aumentaba en el pecho de Jabez con el apresurado

ritmo. Jadeaba frenético. La velocidad crecía, ¡crecía!... Crecía lo mismo que las carcajadas de Scratch, triunfante, orgulloso de su proeza de matar en el corazón de su víctima una de las pocas cosas puras que subsistían en él:

Su amor a Mary.

* * *

El recién nacido lloraba en la alcoba de Mary y de Jabez, con la nota aguda e insistente que desvela por completo a los mayores. Jabez se sentó en el borde de la cama, atormentado, más que por el llanto, por la dura lucha que sostenía consigo mismo.

—¡Maldita sea! —exclamó furioso.

Mary se esforzó por acallar al bebé, cantando dulcemente. El niño se calló entre sus brazos y, no obstante, su esposo se vistió y avanzó hacia la puerta con sombrío aspecto.

—Jabez, ¿a dónde vas?

Se cerró la puerta. Bajó a la entrada de la casa y dió valses por ella, perseguido por las hienas de su pensamiento. De repente se detuvo; se le antojaba oír hablar a Scratch, diciéndole:

—¿Qué te pasa, amigo Stone?
¿Tu conciencia te anda fastidiando? Bueno, bueno... Ya cuidaremos también de eso. ¡Dame tu mano!

Y una mano sutil, incorpórea, aunque no menos firme y consistente, le guió hacia Belle.

* * *

Desde este momento, Jabez cambió radicalmente de conducta. Bajo la dirección de Belle, acaso más diabólica que su señor, perdió por entero el pudor de sus acciones, y, en lugar de recatar su criminal pa-

sión por ella, se complacía mostrándose a los ojos de todo el mundo en su compañía, fuera de noche o a plena luz del día.

Los días pasaron lentos y, a pesar de ello, alocados. Llegó el in-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

vierno. Belle y Jabez se pescaban por sus extensos dominios en trineo, galopando raudos sobre la nieve. El restallar del látigo y los cascabeles resonaban alegremente.

—Querida Belle, esto es maravilloso. Tenemos que salir en trineo todos los domingos a pescar.

—¿Y por qué no todos los días?

—Yo no puedo; tengo mucho que trabajar.

—Otros pueden hacer el trabajo por ti.

—Es toda una idea.

Un hombre estaba pescando a través de un hueco abierto en la superficie de un estanque helado. Jabez le interpeló y como el otro no se asustase, bajó de un salto del trineo y le ahuyentó disparando un tiro al aire.

—¡Qué gracioso es espantar a las gentes y ver luego cómo corren! Mira, he cogido unas piezas magníficas—dijo, mostrándole una sarta de peces.

—Muy bien, nos servirán para la comida.

De regreso a su casa se encontraron a su madre y a Mary preparadas para salir. Las campanas de la iglesia lanzaban sus claros tañidos a los cuatro puntos cardinales. Sin querer reparar en ello, Jabez puso la vara del pescado en manos de Mary.

—Te he traído un poco de pescado. Cocínamelos tú para la comida.

—Jabez, es día de fiesta y voy a la iglesia con madre. ¿No quieres venir tú con nosotras? —suplicó Mary.

—Lo que yo quiero es que me arregles el pescado—gritó, cogiéndola por un brazo.

La señora Stone se interpuso con una energía que daba ciento y raya a la de su hijo, a quien espetó:

—¡Oh, no; no lo hará! No quiero que nos burlemos del Señor en esta casa, preparando comidas de pescado en un día como hoy, que lo prohíbe la Ley de Dios. —Y se encaró con Belle—: Y para usted, permítame decirle, jovencita, que si usted cree que va a disponer en esta casa, porque mi hija Mary no la ha colocado a usted en su sitio, está usted equivocada.

—Pero, madre...—empezó Belle.

—A mí no me llame usted, madre. Vámonos, Mary. Están dando el segundo toque.

Mary hizo un último esfuerzo para que Jabez fuera con ellas y no lográndolo, rogó a Belle que tuviera mucho cuidado con el pequeño Daniel. Tranquilizada sobre este respecto, se marchó. Belle comenzó a limpiar el pescado y comentó, sin mirar a Jabez:

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Parece un poco pesado para tu madre el acostumbrarse a mí, pero estoy segura de que lo conseguiré algún día... ¿De qué forma te gusta más?

Dos gruesos pedruzcos rompieron los cristales de la ventana, rozándoles antes de chocar contra la pared. Belle, con una sangre fría admirable, preguntó a Jabez, que abrió la puerta para escudriñar los alrededores:

—¿Quién hizo eso?

—Aquel que estaba pescando en mi lago. Pero ya lo cogeré.

Varias voces masculinas se oyeron a lo lejos. Belle abandonó el pescado y le avisó que sus amigos estaban al llegar. En un abrir y cerrar de ojos desalojaron la larga mesa de cacharros, sacando unas barajas, botellas y copas.

Entraron el alcalde, el sheriff, el tabernero y uno o dos jugadores más. Charlaron unos breves instantes antes de empezar la partida y así supo Jabez que Webster había pasado por Cross Corner sin detenerse y el alcalde dió un respingo de pesar.

—Hombre, puta eso no ha pasado nunca antes. Espero que no estará enfadado con nosotros.

—¡Oh, no, nada de eso!—le tranquilizó Jabez con segunda intención.—Yo tuve carta de él días pa-

sados y por cierto muy atenta. Me ofrecí a prestarle algún dinero para su campaña política, pero él me lo agradeció aunque me dijo que no necesitaba ninguna.

—¿Usted ofreció dinero a Daniel Webster?—se asombró el alcalde.

Y como no era tonto adivinó que Webster estaba ofendido. Jabez fanfarroneaba muy satisfecho:

—Claro. Yo tengo bastante. Y, luego, nadie sabe... A lo mejor algún día le hacen presidente de la nación.

Iniciaron el juego haciendo las puestas subidas, que iban a parar al bolsillo del sheriff o de Jabez, indiferentemente. El alcalde perdía, pero con buen humor, puesto que Belle le mimaba. Finalizó la partida al sonar las campanas. El oficio divino había terminado.

En un santiamén hicieron desaparecer los vestigios de la franquicia y los invitados se apresuraron a ocupar sus vehículos, citándose para el domingo siguiente. El sheriff se le acercó con amistosa expresión y le confió:

—Es monester que tenga más cuidado, Jabez. La gente está hablando mucho de usted en el pueblo.

—La gente... ¡Hum!—despreció, encogiéndose de hombros.

Pasaron los años, aproximándose a la fecha fatal. Daniel ya tenía seis cuando Jabez había llegado al apogeo de su poder, de su soberbia y de su culpable conducta. La gente, no sólo murmuraba de él, sino que lo hacía incluso en voz alta, sin otro cuidado que esperar a que él no pudiera oírles. Era temido, poderoso y cruel. Aquel amor que todos le tenían y del que se había vanagloriado más de una vez, habíase trocado en temor, si no en odio.

Los contrariados fundadores de la asociación de agricultores, Higgins, Brooks y Sharp, escudriñaban desde una cerca el ir y venir de los obreros que construían un majestuoso edificio en un terreno cercano a la antigua granja de Jabez.

Higgins escupió al suelo y miró a sus dos compañeros.

—Parece como si se le hubiera metido el demonio en el cuerpo. Cada año va volviéndose más malo. Cuanto más tiene, más parece que necesita.

—El trato que él hizo con Hank le sirvió de anzuelo para pescar al resto de sus vecinos y hacer de ellos una tanda de esclavos suyos—exclamó Sharp.

—Y al principio parecía que lo

hacía de corazón, pero lo que es ahora yo sé por experiencia que es todo lo contrario—agregó Brooks.

—Yo antes creía que micer Stevens era lo peor de la tierra y capaz por un céntimo de tirarse desde lo alto de una torre; pero ahora estoy pensando que a pesar de todo no es tan malvado su corazón comparado con el de Jabez—murmuró Sharp.

—Cada año se apodera de una nueva finca y ahora ya lo veis. Comprando maquinaria y alquilando hombres y más hombres para que trabajen para él. El no hace nada más que jugar y atender a sus caballos—comentó Higgins.

—La culpa es de ese tesoro endiablado; eso sólo tiene la culpa.

—Y esa individuo que ha tomado como "nurse" de su chico, por no llamarla de otra manera. Pero nadie sabe quién es. Verdaderamente es un milagro que su pobre mujer esté aguantando esta situación tantos años. Ya sabía lo buena y lo fina que es esa señora—compadeció Sharp.

—Un hombre como Jabez podría hacer muchísimo bien con su dinero. Parece que está padeciendo una extraña ceguera que le haya caído encima como una de las plagas de

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

que habla la Biblia... Mirad la casa que está construyendo—terminó Brooks.

Los tres campesinos guardaron silencio, observando el apresuramiento de los operarios.

Daniel Stone atravesó el camino que dividía en dos el fresal de su abuela, con el goroso movimiento característico de los niños que reciben sorpresa tras sorpresa del mundo circundante. Cuando estuvo junto a la anciana, inclinada sobre las matas, le tiró del delantal e inquirió:

—¿Cuándo vamos a mudarnos a la casa nueva?

—¿Mudarnos? Nosotros no nos vamos a mudar. La casa vieja es bastante buena para nosotros.

—Pero a mí me gusta más la nueva.

—Pues, hijo... Lo siento por ti, Daniel.

El chiquillo había descubierto las fresas, que su abuela tuvo que defender a brazo partido, amonestándole por su atrevimiento. A renglón seguido, una gallina escapó cacareando como si la fueran a matar. La señora Stone le acusó, mientras él se guardaba un tirador en el bolsillo:

—Daniel, ¿has usado ese tirachinas otra vez?

—Yo no, ahuelita — mintió, barruntando una azotaina.

Mary apareció en el porche de la casa, con un gesto tan severo que le erizó los cabellos a medida que se acercaba.

—Sí, sí, lo has hecho, Daniel. Te he visto desde la ventana y ahora nos estás mintiendo. Trac, dame ese tirachinas, Daniel.

El chiquillo se resistió y quiso salvar el instrumento echando a correr, pero su madre, no menos ligera que él, le alcanzó y le cogió por el fondillo de los pantalones, arrastrándole, pese a sus pataleas, hacia la casa. Entonces se presentaron Belle y Jabez, vestidos para una cacería, y el último se informó de lo que acontecía.

—Voy a encerrarlo arriba.

—Espero que no osarás atreverte a castigar a mi hijo.

Se lo arrancó de sus manos y se lo entregó a Belle, que con maligno triunfo lo acarició y apaciguó, hasta que el chiquillo, con la volubilidad propia de la infancia, sonrió contento y sintiéndose a salvo.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Bueno, ya pasó todo, Daniel—le aseguró Belle—. ¿Qué es lo que hizo?

—Ha vuelto a mentirme—contestó Mary.

—No, yo no—insistió el chiquillo.

—Pues a mí no me miente nunca—le apoyó Belle, llevándosele—. Vente conmigo, que voy a ponerte tu chaquetita roja que tanto te gusta, ¿quieres?

Daniel vocó su placer y desapareció con ella. Mary y Jabez se contemplaron de hito en hito; éste, fastidiado e irritado por la pureza de su mirada, se sentó en un banco, despreciativo, desafiador.

—Jabez, ¿cómo la dejas hablar-me así, cuando el niño está presente? De esa forma no va a tenerme nunca respeto.

—¿Y no es eso por tu propia culpa?

—¿Culpa mía? ¡Oh, Jabez, si yo lo único que procuro es enseñarle a ser bueno! ¡Podría ser un chico tan bien educado solamente con que nosotros le enseñásemos a serlo!

Irrazonablemente enfurecido, Jabez se azotó las botas con la fusta, esquivando sus ojos.

—Es mi hijo y yo lo prefiero tal como es. ¿Por qué estás tú siempre metiéndote con el muchacho? Y no

lo haces por él, lo haces contra mí. A ti no te gusta la forma en que yo vivo, ni los amigos que tengo, ni mi nueva casa, ni nada mío.

—Yo nunca he dicho eso.

—No necesita decirme lo. Se te conoce en el gesto.

Hubo una pausa dolorosa. Mary quiso conmovérle, hablando dulcemente:

—Jabez... estoy verdaderamente apurada por la forma en que tú has cambiado. Y eso es una cosa que tú decías que nunca harías. ¿Recuerdas?

—¡Oh, me tienes aburrido! ¡Déjame en paz!—gritó.

Se alejó de ella, dándole la espalda. La señora Stone se apiadó de Mary, que retorcía el borde de su delantal, casi tan próxima a la ira como al llanto. Prosiguieron así hasta que regresó Daniel en compañía de la muchacha.

—Ya estoy.

Llevaba una chaqueta de cazador y una gorrita sobre la cabeza. Su padre se arrobó en su contemplación y le levantó en brazos, encaminándose hacia las caballerizas.

—¿Qué guapo estás, hijo! Vámonos. ¿Vamos a ir a cazar zorras a lo alto del monte, eh?

—¡Hurra!—gritó el chiquillo—. ¡Abuelita, mírame!

—Ya te veo.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Momentos más tarde un grupo de finetes pasó delante de ellas. El chiquillo las saludó a ambas. La anciana desaprobó con la cabeza a la cabalgata y advirtió a su nuera:

—A cazar zorras... Un Stone yendo a cazar zorras en un día de trabajo. Y la tierra necesitando de su cuidado y de su trabajo.

—Bueno, madre, tú procura sostenerte firme para que me puedas ayudar con tu ejemplo.

—¿Yo? Oye, mira, Mary Stone; debo decirte que me tienes muy preocupada.

La joven fué hacia ella con los

ojos relampagueantes de excitación. Una sorprendente carcajada brotó de su boca, en tanto que estrechaba sus manos con afecto.

—¿Preocupada por mí? Pues mira, ya puedes despreocuparte.

—¿Por qué dices eso?

—Digo que puedes dejar de preocuparte, porque ya tengo tomada mi resolución.

Giró sobre sus talones y avanzó tan decidida hacia la casa que la anciana barruntó que, efectivamente, algo iba a ocurrir dentro de poco. Y no se equivocaba.

CAPITULO IV

LA DANZA FANTASTICA

Daniel Webster estaba en la era ayudando a sus braceros, y allí recibió la noticia de que alguien le esperaba en su casa para sostener una entrevista con él. Se paró y enjugó el sudor de su rostro, quitándose el amplio sombrero de paja.

—Si es el ministro británico, pásale al salón de recibimiento y sírvale un trago de madera. Dígale

que tenga la bondad de esperar.

—No. Es alguien de New Hampshire.

—¡Oh, eso es diferente! Bueno, chico, tengo que atender a un amigo.

Soltó la horquilla y corrió hacia la casa. Su visitante era Mary Stone. Conversaron de cosas indiferentes durante la comida y al termi-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

narla, Webster sacó un cigarro de un bolsillo y mordió la punta.

—Mary, ¿te molestaría que fumase?

—Claro que no.

Encendió el habano en una vela y exhaló complacido una bocanada de humo, sonriéndola con cariño.

—No eres tú de esa clase de mujeres que se asustan de un poco de humo o de fuego—alabó significativamente—. Y ahora, vamos a hablar de tus asuntos.

Mary ocultó su turbación con una risita y protestó:

—¡Pero, Dios mío, señor Webster! Si no he hecho más que hablar de ellos durante la comida.

—Sí, tú has estado charlotteando todo el rato, como lo hacen todas las mujeres cuando tienen muchas ganas de perder el tiempo... Pero tú perdonarás si mi hábito de viejo abogado me hace suponer que, a pesar de todo, aun no has llegado al punto delicado. Porque debe haberlo, ¿verdad?

Aturdida por su penetración, pero reconfortada por su bondadoso tono, Mary decidióse, aumentando su nervosismo a medida que hablaba.

—Pues, sí, lo hay, y me es muy penoso el tener que hablar de ello. Hay tantas y tantas cosas... La educación del pequeño Daniel y la ca-

sa nueva, y hay todavía algo mucho peor. Va de mal en peor, año tras año. Es como si nos fuera cubriendo una oscura nube. Yo no puedo hablar casi de esto, ni siquiera con mamá. Ella culpa de todo a Jabez y yo tampoco puedo consentir eso.

La aguda mente de Webster entendió su agonía moral. Dió pensativo una chupada al cigarro. Admiraba la valentía de la muchacha, lo cual era más que suficiente para que su generoso corazón se estremeciera de misericordia, anhelando intervenir.

—¿Sabes? Yo vengo oyendo bastantes cosas malas con respecto a Jabez en estos últimos tiempos. Parece que no se está portando de manera que sostenga una buena reputación.

—Señor Webster, usted no debe creer todo lo que la gente se entretiene en decir.

—¡Oh, no te preocupes tú de defenderle ante mí! Ya he sabido yo hacerlo oportunamente ante los demás.

Entonces, subyugada por su bondad, confesó lo ocultado con tanto empeño, comunicándole el cambio asombroso de Jabez, su dureza, su crueldad y desamor; su desprecio por la religión, su pasión por el juego...

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Webster no la interrumpió y al finalizar su relato apasionado su rostro era severo y afectuoso a la par.

—Escúchame, Mary. Tú me has hablado del mismo modo que hubieras podido hablar a tu padre, y yo hasta pienso que él, si viviese, hubiera querido que yo te ayudase un poquito—le acarició una mano y siguió—: Nosotros creemos alguna vez que estamos vencidos en esta vida. Y no hemos sido puestos en este mundo para ser vencidos, créelo. Algunas veces creemos que las nubes se han apoderado de nosotros. Las nubes y el mal. Sin em-

bargo, entonces es cuando debemos luchar. Debo decirte que yo estaba planeando, justamente cuando tú llegabas, un pequeño viaje por la región de Cross Corner para trabar conocimiento con ese famoso ahijado mío y... con algunas cosas más.

El espíritu de Mary se animó al ofrecerle, de una manera tan caritativa y encubierta, su firme sostén y exclamó contenta, segura de la desaparición de su pesar:

—¡Oh! ¿Podría usted hacerlo de verdad, señor Webster?

Y el senador sacudió la cabeza. El gesto era afirmativo.

Jabez contemplaba ante el espejo el efecto producido por el frac que el sastre le estaba probando. Se pavoneaba satisfecho y la misma Belle sonreía complacida de sus arrebatos de júbilo.

—Resulta muy bien, ¿eh, Belle? Esto dará un poco que hablar a las gentes.

—Pueblo, Jabez, pueblo—le corrigió.

—Gente o pueblo, ¿qué más da? No se diferencia nada.

Tras de esta filosofía, Jabez advirtió consternado y protestando

que el sastre desconía lo cosido y le arrebatada las elegantes solapas, dándole las explicaciones pertinentes. Convencido muy a su pesar, pues por su gusto no se hubiera quitado la deslumbrante prenda, salió a recibir al alcalde, introducido y agasajado por Belle.

—¿Qué hay de nuevo, alcalde?... Venga, toque este material.

Los dedos del alcalde tatearon la ropa con un gruñido aprobatorio. Belle le hizo sentar, mientras Jabez sallaba a un operario que tuviera cuidado con la alfombra.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Gracias, es usted muy amable — contestó el funcionario—. Pero en realidad tengo prisa. Tengo mucho que hacer.

Sentóse, sin embargo, y Jabez se acomodó en una mesita que había a su lado, enviando a Belle en busca de bebida para su huésped, que observaba la nueva morada del joven.

—¡Vaya una casa elegante que tiene usted, Jabez! Pero usted tenía algo que comunicarme. Algún negocio, tengo entendido.

—No perderá usted ni un minuto —le replicó ufano—. ¿Puede usted guardar un secreto?

—Desde luego—contestó intrigado.

—Daniel Webster viene a mi fiesta.

—¿Daniel Webster?—gritó el alcalde.

Ahora entendía la soberbia de Jabez. La presencia del senador en su casa daría al traste todas las murmuraciones sobre él o, posiblemente, le contaminaría su mala fama. Era una auténtica victoria para el afortunado joven.

—Sí, y ésta es la razón por la cual quería hablar con usted—continuó, tendiéndole un papel—. Aquí hay una lista de la gente que he invitado. Echele un vistazo. No,

no; champaña para el alcalde, Belle, champaña.

Cambiaron un guiño de complicidad, mientras el funcionario digería dificultosamente su asombro. Jabez volvió de nuevo al ataque:

—¿Qué dice usted? ¿Son todas personas elegantes o me he olvidado de alguien principal?

—El único que falta es el presidente — respondió brevemente, devolviéndole la lista.

—No, guárdela usted. Es para usted. Necesito que cuide de la reunión y vigile para estar seguros de si vienen realmente gentes de importancia.

El alcalde se levantó de un salto, ofendido, rencoroso por el papel que le atribulan. Su dignidad resentida no impresionó a Jabez.

—¿Quiere decir que usted necesita que yo esté al cuidado...?

—Sí, señor, esa es la idea. Usted puede hablarles del sitio y de la casa, pero sin decirles nada de Daniel Webster. Luego, cuando todos estén aquí, ya reunidos, yo les diré: "Mirad, gentes, aquí está Daniel Webster, mi huésped de honor". ¡Caramba, parece que estoy viendo los ojos de algunos saltarse de las órbitas de sorpresa!

Su infernal orgullo hizo que algo se rebelase en el alcalde, que con una risita seca, empezó a dudar de

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

que el senador se prestase a la superchería planeada por Jabez.

—¿Está usted seguro de que él vendrá?—dijo incrédulo.

—¿Quiere usted apostar?—insinuó Belle.

—¿Por qué no? Cinco mil, justo y cabal lo que yo le debo a usted.

Y los tres compinches celebraron con una risotada la salida del alcalde.

Webster guiaba sus caballos por la carretera, cuando de un seto salió Daniel Stone, que no titubeó en aceptar su invitación de subir al vehículo. Una vez estuvo acomodado en él, se presentó el chiquillo con deseos de impresionarle. La casualidad le hizo gracia, y agradeció la oportunidad que tenía de juzgar a su ahijado libremente.

El chiquillo desplegó un cartel de circo y lo estudió con avidez. Webster le contempló unos segundos y preguntó:

—¿No está abierto todavía?

—No, pero yo no puedo esperar. Señor, dígame usted, ¿hay ahí de verdad un hombre que come fuego?

—Debe haberlo cuando lo dicen.

—Y dos ini... inigua... inigualables bellezas cir... circo... circasianas. ¿Qué es eso?

—Amiguito, ahora sí que no sé qué decirte.

—Y además también estará Daniel Webster.

—¿Sí? Vaya, que habrá toda clase de atracciones. ¿Y a quién te gustaría ver primero?

Daniel se decidió por el comedor de fuego, dejando para lo último a Webster. El senador casi se echó a reír. Casi, porque su ahijado descargó su tirador contra el lomo de los caballos, que se encabritaron y sólo a duras penas su dueño los pudo calmar.

—Que no vuelva yo a verte hacer eso otra vez—le regañó.

—¿Por qué? Eso no hace daño—aseguró asustado.

—Sí, hace daño; y no lo hagas otra vez.

—Pues hágalos ir más deprisa—le ordenó.

—No, Daniel; no son caballos de carreras. Son dos buenos y antiguos amigos míos. Yo los llamo "Fortaleza" a uno y "Templanza" al otro. Un tronco de la más completa confianza para viajes largos. Además, tengo otro que se llama "Autodominio", un caballo fino, magnífico y de mucho poder, aun-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

que algunas veces hay que castigarlo un poco.

El chiquillo estaba deslumbrado por la descripción y palmoteó, asegurando que le gustaría mucho ver todos sus caballos. Complacido, Webster le acarició el rizado pelo.

—Bueno, quizá los veas alguna vez. Yo soy un campesino, ¿sabes?, y me gusta enseñar mi granja; pero lo que más me gustaría que vieras es algo que no hace falta que yo te enseñe.

—¿Sí? ¿Y qué es?—dijo curioso.

—A ver si lo aciertas. Es una cosa ancha y grande y de mucha extensión; y sobre ella sopla el viento y tiene sobre ella un precioso techo azul; y tiene montañas y ríos que corren hacia el sur; y unas poderosas ciudades desarrollándose en el Este.

—¿Pero todo el mundo puede ver eso!—exclamó Daniel decepcionado.

—No, en eso estás equivocado, amiguito Stone...—empezó a decir.

Y con una sencillez conmovedora le hizo ver que la inmensa mayoría de los hombres desprecian su patria por su bolsa, poniendo en peligro la riqueza y prosperidad de todos los componentes de la nación; le avisó contra ellos, aconsejándole que se apartase de su contacto.

—Pero esos hombres son malos, y nunca lograrán nada bueno, nunca. Eso es lo que me dice mi abuelita—exclamó Daniel muy irritado de su maldad.

—No, amiguito, nunca. Y nuestro país prosperará y será una nación grande, siempre que entre sus ciudadanos reine la honradez, la lealtad y la mutua cooperación.

Seguro de haber grabado en la mente de Daniel esta sabia enseñanza, arreó los caballos, que se pusieron al trote. Molesto de su paso apacible, Daniel descargó otra vez su tirador contra sus grupas, en el momento en que entraban en la plaza de Cross Corner, llena de hombres.

—Amiguito, creo que te mereces unos azotes—anunció dándoselos—. ¿No te dije que no volvieras a hacer eso?

Daniel gimoteó, como es natural, pero sus lágrimas se secaron al averiguar que el extraño individuo que le había conducido al pueblo era, ni más ni menos, su padrino, el famoso senador Webster, según proclamaban los hombres al saludarle con respeto.

—¿Es usted el señor Webster?

—Sí, yo soy el señor Webster, tu padrino. Ahora ya puedes marcharte y tener más cuidado otra vez—le avisó, poniéndole en el suelo.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Lo siento mucho, señor Webster. Perdóneme — suplicó sinceramente arrepentido.

Se rieron de su consternación y Webster ató las riendas en el brazo del pescante, antes de encararse con los campesinos. Después de lo cual, dijo de muy buen humor:

—Supongo que no me habréis esperado para que yo dirija el desfile.

—No exactamente para eso, señor Webster—aclará Sharp—. Necesitamos echar un párrafo con usted antes de asistir a la fiesta. ¿No le importa a usted tomar una copa con nosotros?

—¿Importarme tomar una copa con ustedes, amigos míos? Eso no se pregunta a Daniel Webster — gritó, saltando del coche.

* * *

Mary se arrebuja en un bonito chal, abrió la puerta, pero se paró en el umbral de su antigua casa. A lo lejos se oían los acordes de la música interpretada en la mansión nueva. La señora Stone la escrutaba con curiosidad y sorprendió su leve vacilación.

—Entonces, ¿te has decidido por fin a asistir a la fiesta?

—¿No te enfadarás por eso conmigo, verdad?—le rogó la joven.

La señora Stone la estrechó entre sus brazos y la acompañó hasta el minúsculo jardín.

—¡Ah, qué inocente! Yo hubiese hecho igual que tú, hija, si se hubiese tratado de mi marido, sólo que yo me llevaría un buen látigo conmigo. Y no te olvides de decirme si está allí Daniel.

—No lo olvidaré—contestó Mary.

* * *

La agitación con que Jabez iba de una estancia a otra estaba harto justificada. Los salones estaban desiertos, los criados se aburrían escuchando la apagada música tocada

por la elegante orquesta. Tropezó con Belle en una de estas correrías y dió una patada contra la alfombra.

—No vino nadie todavía, ¿eh?

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—No... nadie más que ella.

Jabez maldijo contrariado y no hizo caso a Mary que, habiendo querido expresarle su pesar, fué apartada bruscamente del paso y atendió a Daniel, vestido con un camisón y con un gato en brazos.

—Estaba mayando enfrente de mi ventana. Me parece que está malo—explicó el chiquillo.

—Probablemente lo que tendrá es hambre—dijo su madre.

—¿Puedo darle algo de comer?

Ninguno prestó más atención al gato, que les avisaba de algo sobrenatural. Jabez, sentado junto al hogar, tenía la cabeza entre las manos y apenas dominaba su fracaso. La lánguida música enervó a Mary.

—Jabez, ¿no podrían tocar alguna cosa más alegre?

—Esa es la clase de música que tocan para la gente rica.

Su esposa se alejó sin decir más en busca de Daniel. El joven levantó de pronto la cabeza. En la ventana había un grupo de rostros siniestros y desconocidos, cuyas pupilas destellaban ávidas. Llamó, asustado, a Belle.

—Belle, ¿quién es toda esa gente que hay ahí fuera? ¿Qué es lo que quieren?

—Quieren ver y admirar cuán firmemente vive en estos tiempos Jabez Stone—contestó con acento ex-

traño—. Y también esperan para ver a tus invitados.

Esto le hizo recobrar el sentido común y su maltratada ambición. Amenazó a los músicos para que tocasen y luego buscó a Mary, que aguardaba en el vestíbulo.

—¿Qué te parece mi nueva casa, Mary? ¿Es más grande que la de Webster en Marshfield?... ¿Qué te parece? Tú has estado allí.

—Es distinto. Eso es todo.

Pero Jabez no percibió su respuesta. Abrió la puerta principal y miró a las sombras. Volvióla a cerrar y gritó:

—Pero ¿qué les pasará a esa gente? ¿Por qué no vienen?

Si hubiera sabido que en aquel momento los campesinos exponían todavía su situación y la conducta de su nuevo tirano, incluso su más loca esperanza de explotar al senador hubiérase volatilizado. Con la frente arrugada, Webster escuchaba la explicación, mientras que las pruebas en contra de Jabez se amontonaban delante de él. Le llegó el turno de hablar a Hank y éste no se mordió la lengua.

—Vea usted, señor Webster. Parecía tan sencillo y tan simple, como si no hiciera un préstamo de balde, pero cuando no pudo pagarlo a causa de esos formidables intereses, se volvió peor que todos los de-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

más usureros de la región. Ojalá te hubiese escuchado a ti, Tom, y me hubiera unido a la Asociación.

—Bien, me temo que os tenga a

todos cogidos y ataditos dentro de su bolsa — suspiró Webster, guardándose los papeles—. Yo haré todo cuanto pueda.

* * *

La medianoche estaba cercana. La casa seguía desierta. Belle, sintiéndose derrotada en toda línea, echó en cara a Mary aquel resultado, desoyendo a Jabez que, con un rastro de cariño, le mandaba dejarla en paz.

—Usted sabía que no iba a venir nadie.

—Yo no sabía nada.

—Está usted mintiendo.

—¿Mintiéndola a usted? ¿Y para qué?—preguntó Mary.

—¿Usted sabe que ésta es mi casa?—se enfureció Belle.

—Ya lo sé. Cuando a usted le parezca puede echarme. Y hasta creo que sería usted capaz de hacerlo, si no estuviera esperando la llegada de sus invitados.

—Usted se cree muy lista, señora Stone. Usted pensó que Jabez estaría solo y que usted entonces podría atraerlo. Esta noche era una gran oportunidad para usted. Pero se ha equivocado. No podrá usted atraparlo de nuevo y mucho menos con esos métodos que usted emplea.

—Eso es cosa que tengo que ver yo sola.

La discusión fué interrumpida por la llegada de Stevens, que les saludó como un sonámbulo, pálido, desencajado. Mientras se excusaba por su tardanza, Jabez le ofreció un sillón en donde estaba el gato de Daniel calentándose al amor de la lumbre.

—Ese no es sitio para poner un gato.

—Está enfermo, papá.

—Aunque lo esté. Llévate-lo de ahí.

Le obedeció el chiquillo y pasó por delante de Stevens, en dirección de la escalera, en compañía de su madre; asimismo, Belle les dejó solos. Así que lo estuvieron, el avaro preguntó por la gente y luego comentó, con una voz ahogada, soñolienta:

—¿Qué chica más guapo tiene usted, Jabez! ¿Cuántos años tiene ya? Alrededor de los siete, ¿no es eso?

La sorprendente pregunta le hizo estremecer como si una mano

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

húmeda y helada se hubiera pegado a su nuca. El tono del usurero era demasiado significativo para que él se negara a comprender.

—No, no tiene todavía siete — protestó—. Seguro.

—Pues... me parecía... quería recordar que cuando usted me pagó...

—¿Qué más da?—le interrumpió Jabez, más y más asustado—. ¿Qué es lo que le pasa a usted? Lo encuentro tan...

—¿No tiene usted miedo?

—¿Miedo? ¿De qué?

—De lo que suceda después de morirle.

La palidez de Jabez completó con la de Stevens. Quiso disimular su malestar con una carcajada de fingida incredulidad.

—¿Es que está usted loco, amigo? ¿Qué quiere usted que suceda? Nos entierran y en paz. ¿Por qué se asusta usted de una cosa que no existe?

—No diga usted eso. Yo sé que existe. Sé que la tengo.

—Muy bien; pues la entierran con usted. ¿Quién va a preocuparse de eso?

Stevens se puso en pie y su menagada estatura pareció agigantarse, como impulsada por un terrible dolor moral.

—Yo me preocupo y creo que usted también debería hacerlo.

La impaciencia de Jabez se trocó en ansiedad. Pero el hombreillo rehuyó sus preguntas, caminando hacia el comedor.

¡Y éste estaba lleno! Una muchedumbre grandiosa, rota, sucia, terrible, envuelta en una especie de neblina que la hacía irreal y, sin embargo, tangible, se apiñaba en torno de la mesa devorando los suculentos manjares.

—Todos son mis amigos, los de más allá de las montañas—respondió Belle a una pregunta suya.

Los amigos de la joven le vitorearon y Jabez hizo honor a su esplendor, rogándoles que aceptaran cuanto había en la casa. Los músicos predullaron un vals.

—¡Jabez, el señor Webster viene!—avisó Mary desde el vestíbulo.

El joven corrió con renovada energía hacia ella. Belle cogió a Stevens entre sus brazos y le hizo agregarse a la muchedumbre de bailarines, le obligó a ser su pareja a pesar de su resistencia. Todos formaron corro alrededor de ellos, riéndose salvajemente.

Mientras el ritmo del vals se precipitaba, los esposos Stone acogieron a Webster, el cual, si bien saludó con afabilidad a Mary, contestó a la invitación de Jabez de que ocupase el puesto de honor:

—Muy agradecido, amigo Stone, pero, ¿sabe?, tengo que tener mucho cuidado con los puestos de honor que se me ofrecen, es decir, en donde me siento.

Jabez acusó la severa réplica y sus mandíbulas se apretaron.

—¿En qué está usted pensando?

Webster no se conmovió ante la patente amenaza de su voz y de su ademán.

—En usted, Jabez Stone, en usted y en ese puñado de pobres campesinos de estos alrededores, todos buenos y honrados trabajadores y todos con apuros por culpa de usted. ¿O me equivoco al aludir a esos contratos?—acusó, mostrándoselos.

Jabez quiso arrancárselos de las manos. Un torbellino de ira le cegaba. Su triunfo se convertía en una derrota sin escape.

—Sin mí y sin mi dinero, esos no tendrían absolutamente nada.

—Tendrían un buen vecino y un buen amigo, lo que muchas veces vale más que todo: mucho, mucho más.

—No sé de qué cosas está usted hablando. No tengo tiempo que perder escuchando todo eso.

—No, no tiene usted tiempo para nada ni para nadie. No tiene usted tiempo ni para su madre, ni para su mujer, ni para su hijo.

La verdad rompió, finalmente, el freno que Jabez ponía a su ira. Ciego de rabia, se precipitó sobre su mujer.

—¡Ah, ya veo! Has sido tú... tú... Tú has traído a Daniel Webster aquí—y añadió, sin oír al señorador que protestaba—: Tú me has tomado por un tonto. Has estado haciendo como la serpiente; escondidas mías e inventando toda clase de embustes en contra mía. Tú... tú te vas a marchar ahora mismo de mi casa.

Retrocedió señalando la puerta. Webster ofreció el brazo a Mary y sin decir más salieron de la casa, a tiempo que Daniel, atraído por la discusión, esquivaba los brazos y los halagos de su padre y se unía a ellos. Entonces, Mary hizo un último esfuerzo:

—¡Jabez, Jabez... por favor!

—¡No quiero volver a hablarte!

Cuando se postró en el sillón sacudido por la ira, el baile había terminado en la sala. Los invitados habían desaparecido. Stevens reposaba inerte sobre el encerado, inerte para siempre. Belle se le acercó y él la envió a por una bebida.

Oyó un rumor detrás de sí y dijo que encendiera el fuego. Súbitamente, el hogar se convirtió en un ascua. Giró la tabeja. ¡Scratch es-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

taba a su lado tan odiosamente burlesco como siempre!

—¿Siente escalofríos? Y bien, ¿qué hay de nuevo, señor Stone? Parece usted disgustado.

—Usted me prometió felicidad, cariño y amistad.

—¡Oh, un momento! Yo le prometí a usted todo lo que con dinero podía comprarse. No recuerdo ninguna otra obligación de mi parte. Pero veamos el contrato—sacó la libreta y la hojeó—. ¡Hum!... She-wih! Slatterly, Stevens, a éste podemos ya horrorarle. Sí, fué un buen cliente mío.

Una mariposita se escapó de entre las hojas y Jabez la atrapó al vuelo. En el hueco de sus manos oyó la voz de Stevens, gimiendo, pidiéndole socorro. Horrorizado, clavó sus ojos en Scratch, que desdoblaba un pañuelo.

—¡Esa es la voz de mícer Stevens!

—Es el alma de mícer Stevens—le corrigió, envolviendo a la mariposa en el pañuelo—. Perdón por la molestia.

—No puede ser. El está ahí, bailando.

Miró, mientras Scratch seguía anudando su pañuelo. El cuerpo de Stevens estaba inmóvil, inmóvil, ¡inmóvil! Sus cabellos se erizaron y empezó a comprender.

—Estaba... En la mitad de su vida, uno siente verdaderamente tener que saldar estas pesadas cuentas, pero ¿qué le hemos de hacer! Los negocios son los negocios—sementó Scratch, guardándose el pañuelo.

—¿Y todas son como mariposas? ¿Todas son tan pequeñas?

—Pequeñas?... ¡Ah, ya sé lo que quiere decir! Pues eso depende. Por ejemplo, la de un hombre como Daniel Webster, si yo pudiera atraparla, no me cabría seguramente en el bolsillo. Tendría que hacerme una caja especialmente construida para él y a pesar de todo imagino que haría un ruido formidable. Pero, en el caso tuyo, estoy seguro de que podré llevarte en el bolsillo de mi chaleco.

Al oír estas palabras, el miedo a la muerte dominó a Jabez y más aún el miedo a lo que le esperaba "más allá de los montes", el miedo a lo desconocido.

—¡No, no! ¡Mi hora no ha llegado aún!

—¿Tratando de romper nuestro contrato, señor Stone?... Pero qué terco es usted. Espero que estará completamente dispuesto a sufrir las consecuencias.

—Mi hora no ha llegado aún—se indignó Jabez.

—Pero usted ha violado la cláusula—

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

sula quinta de nuestro contrato. Podría ejecutarlo ahora mismo si quisiera.

—¡Oh, no, no, no ahora mismo! ¡Me quedan aún tantas cosas que hacer!

—Lo encuentro a usted repentinamente desesperado, señor Stone. Ya sabe usted que siempre soy muy generoso y siempre dispuesto a escuchar las disposiciones razonables. Con una pequeñísima garantía, yo podría...

Jabez se agarró a aquel cable salvador con la avidez del que se ahoga:

—¡Lo que usted quiera! ¡Todo lo que quiera! Puede usted quitármelo todo: el dinero, la casa, la granja, la totalidad de lo que tengo...

—¡Oh, mucho me temo que no son esas las garantías que yo puedo aceptar! Verá usted, verá... Tenemos esa promesa de hombrerito... Su hijo.

El grito despavorido de Jabez re-

percutió en la silenciosa casa como el alarido de una fiera acorralada. Los ojos de la mente habían sido abiertos a la verdad. ¡Qué inmenso error! ¡A qué abismos de maldad había caído para que Scratch se atreviese a ofender, a lacerar lo más preciado! Su amor paternal se encendió.

—¡No, no, mi hijo no! ¡El no! Prefiero que se me lleve ahora mismo, aunque me suceda lo que sea.

—No es agradable andar con reatacos con usted ahora — se enfurruñó Scratch decepcionado. Te doy un plazo hasta media noche... hasta medianoche, señor Stone... Ni un sólo momento más.

Veloz como una saeta, impulsado por el renovado cariño a su familia, para la cual se defendía, corrió hacia el roble, intentó derribarlo, mientras las letras humeaban. Era inútil. Su suerte, su condenación, era inminente. Desesperado, se arrojó de bruces en el pajar y suplicó:

—¡Señor, tened piedad!

CAPÍTULO V

DANIEL WEBSTER

Los alaridos lanzados por Jabez, llamando a su esposa y a su hijo, atrajeron a su madre, la cual, al hallarle echado de cara al suelo, barruntó la ruina de su alma y tanto más cuando su hijo se agarró del borde de su falda y preguntó con la mirada extraviada:

—Madre... ¿Y mi Daniel? ¿Y Mary? ¿Dónde están?

La señora Stone se impuso a sus ansias de afearle su proceder y le incorporó con ternura.

—Se fueron con Daniel Webster a Marshfield, hijo. Tú dijiste a Mary que se fuera.

Una idea de la única solución de su conflicto le espoleó. Entró en las caballerizas y ensilló su caballo más rápido. Minutos después galopaba como una exhalación por la carretera, dejando atrás la línea sombría de los árboles. Millas y más millas devoraron las patas del corcel. La luna en lo alto pintaba con lívida claridad los parajes.

Muy distanciado aún, columbró un puntito oscuro. El corazón le palpitó y acució a su cabalgadura. Ya más próximo, vió que era una tartana y comprobó, con enorme desilusión, que no era el conocido vehículo del senador.

Era Belle. En un santiamén la alcanzó y la sobrepasó, mientras los jirones del viento arrastraban tras de sí la voz de la páfida y hermosa joven, que le insinuaba:

—Jabez, vente conmigo más allá de las montañas.

Varias millas más adelante, el rítmico golpear de los cascos fué dominado por el traqueteo de un carruaje en los surcos del camino. Esta vez era el de Daniel Webster.

—¡Mary! ¡Mary!

El coche se detuvo al tiempo que él bajaba de un salto de su corcel y escondía el rostro en el regazo de su esposa, con un movimiento de supremo arrepentimiento, sacudido por dolorosos sollozos. La benigni-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

dad de las dos personas mayores reapareció en cuanto se hubo recuperado algo y abrazó frenético al pequeño Daniel.

—Perdóname, Mary, perdóname. Señor Webster, ¿querrá usted cuidar de mi hijo?

—¡Oh, Jabez!—sollozó Mary.

—Ha llegado mi hora, Mary — confirmó.

Faltaba una hora para medianoche y ya estaban en la casa. Jabez, Webster y Mary penetraron en el pajaro, escudriñando las tinieblas, que disipaba apenas el farol que llevaban consigo. Webster estudió el lugar y le pareció muy conforme con los proyectos de Scratch, que Jabez le había narrado durante el regreso.

—¿Es aquí donde usted dice que cerró el trato con él?—y obtenida la respuesta, masculló—: Ya veo. Y aquí es donde él quiere cobrar también.

Jabez se pegó a Mary, que, como verdadera mujer, no sólo empleaba su instinto maternal en consolarle, sino que intentaba luchar en su favor. Y así expresó sus deseos de quedarse con ellos, pero Webster se negó rotundo.

Pero Webster no le permitió que continuara hablando. Su firme diestra se hincó en su hombro y sus rasgos se endurecieron. No hacía falta que Jabez le explicara su problema; lo sabía de sobras.

—No, aun no—se indignó—. Soy capaz de pelearme con diez mil diablos con tal de salvar a un hombre de New Hampshire.

—Mira, Mary, creo que tú harías mejor en volverte a casa. Lo que por tu marido puedan hacer el amor y la felicidad ya lo has hecho tú. Y hablando con toda franqueza, te diré que dentro de algunos momentos esto no va a ser un sitio adecuado para una señora.

—Señor Webster, usted le ayudará, ¿verdad?

—Haré cuanto pueda.

—Sí, Mary, máchate—inató Jabez.

Mary besó a su esposo, mientras una luz divina, misericordiosa, brotaba de sus ojos.

—No tengas miedo, Jabez, y acuérdate de lo que dicen los libros santos: "Concede tantas fuerzas a mi corazón como a mi brazo, para que tu amor sea tan fuerte como la muerte".

Una vez se hubo marchado, cerrando la puerta tras de él, Webster se dirigió a unas balas de heno y se sentó en ellas.

—¡Qué mujeres, más animosas hay en New Hampshire! ¿Cuánto tenemos que esperar?

—Hasta medianoche—le comunicó Jabez, aniquilado por el pavor.

Webster se fijó en una damajuana de barro, colocada cerca de una columna, y se apoderó de ella colocándosela sobre las rodillas.

—¡Hombre, eso está bien! Entonces tenemos tiempo para cristianizar el jarro—lo destapó y olió. Ron viejo de Medford. ¡Oh, no hay nada como él!

Jabez no sentía ansias de hablar y dejó que bebiera en silencio, después de lo cual el senador exhaló un suspiro de placer.

—¿Usted ve? Hay que reconocer que el tiempo de esperar se hace mucho más corto con un jarro a mano. Yo vi una vez a un gusano que se tomó una gota de esto y fué capaz de luchar y de vencer a una abeja. ¿Quiere usted un trago?

Tanto la sangre fría de Webster, como el valor que trataba de comunicarle, atormentaban a Jabez casi tanto como el miedo a lo que poco después tendría por escenario el granero. Y rechazó el licor.

—¡Oh, ramos, ánimo! El que ha-

ya vendido usted su alma al diablo no es para que se vuelva usted abstemio—anunció echando otro trago.

—Depriosa, señor Webster, depriosa. Creo que llega el momento.

Un largo trueno retorció las entrañas de la tierra. Sin embargo, el senador continuó calmoso e indiferente a él.

—No, no, yo nunca he dejado una jarra o un plato a medio terminar en toda mi vida.

Sonaron unos golpes espectrales en la puerta, y gritó:

—¡Adelante!

Un largo y fuerte viento precedió a la aparición de Scratch, súbitamente surgido de la nada. Contempló risueño a los dos hombres. La presencia de Webster no le contrariaba. Y avanzó hacia el senador, que se puso en pie.

—Así, pues, nos encontramos de nuevo, señor Webster.

—Sí, yo soy el abogado y procurador de Jabez Stone. ¿Puedo saber su nombre?

Scratch envió una ojeada a Jabez, que proseguía retorciéndose las manos, y se presentó, pidiendo permiso para beber con el senador, quien amablemente le tendió la garrafa.

—Tenga cuidado. El ron de Medford tiene el misterioso hábito de revolverse hasta contra sus vie-

jos consumidores. Ya lo sabe usted.

—Y hasta de usted mismo se burló una vez, ¿no?—bromeó Scratch en una pausa en la bebida—: ¡Oh! Esto no es decir que usted se embriagase, claro que no, pero tuvo usted una... una laxitud predominante, o, mejor dicho, un sueño profundo y envolvente.

—¡Bah!... No hay bastante ron, por viejo que sea, en todo Medford ni en todo el Estado de New Hampshire, para hacer que yo me duerma—aseguró Webster con sorna, despreciando la alusión.

Las pupilas de Scratch brillaron como las de un gato e invítóle a un desafío, copa por copa. Pero Jabez se interpuso, temeroso de que una artimaña suya diera mal resultado al senador, con lo cual, disimulando su furor, Scratch reparó en él.

—Bueno, señor Stone. ¿Está usted dispuesto a darme su hijo a cambio de una renovación de nuestro contrato?

—¡Nunca!

—Seguramente esta cuestión podrá arreglarse amistosamente sin ninguna dificultad—terció Webster—. Mi cliente está dispuesto a ofrecer toda clase de garantías. Diez, veinte, treinta mil dólares... Dígame usted sus condiciones. Nosotros las sobrepasaremos, aunque

tuviésemos que empeñar Marshfield.

La generosidad de Webster no le conmovió. Depositó con cuidado la garrafa en el lugar en donde la descubriera el senador y, quitándose los guantes, rechazó con urbanidad:

—Sus inteligentes esfuerzos en obsequio de su cliente le honran a usted, señor Webster, pero si usted no tiene mejores argumentos que poder aducir, voy a llevármelo ahora mismo.

Webster detuvo su mano, que Jabez escabullía horrorizado.

—No tan aprisa, señor Scratch. Si usted tiene alguna justificación, enséñela.

Sacó Scratch de su libreta el contrato, refrendado por la letra de Jabez.

—Aquí está, señor Webster, debidamente firmada, sellada y extendida en forma debida y legal—se encaró con Jabez—. ¿Es ésta la firma de usted?

—Usted sabe que por desgracia así es—contestó con un gemido.

—¡Humm! Esto parece...—masculló el senador—. Perdóname usted que diga pareció... que, en efecto, es su firma, pero a pesar de todo usted no puede llevarse a este hombre. Un hombre no es una pieza de pertenencia. El señor Stone es un ciudadano americano; no puede

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

entrar ni ser forzado a estar al servicio de un... príncipe extranjero.

La risotada de Scratch demostró la gracia que le hacía el alegato.

—¿Extranjero? ¿Quién dice que soy extranjero?

—Hombre, yo no he oído nunca que el diab... ¡Hum!... que usted hubiese pedido se le reconociese nacionalidad americana.

—¿Y quién con mejor derecho? Cuando el primer mal se hizo al primer indio, ya estaba yo presente. Cuando el primer esclavo fué mandado del Congo, ya iba yo a bordo. ¿No se habla aún de mí en cada uno de los templos de Nueva Inglaterra? Es verdad que los del Norte dicen que soy del Sur y los del Sur dicen que soy del Norte, aunque en realidad estoy en los dos sitios. A decir verdad, señor Webster, aunque a mí no me gusta alabarme de ello, mi nombre en este país es más antiguo que el de usted.

Se pavoneó ufano de su lógica, porque sabía que el estricto sentido de justicia y de verdad de Webster se mantendría lealmente y no negaría las verdades proferidas. El senador empezó a perder su sangre fría y se encaró airado con él.

—¿Sí? Pues en tal caso apelo a la Constitución del país. Pido un juicio para mi cliente.

—¿Quiere decir usted un juicio con jurados?

—Eso es, precisamente. Y si no gano este caso ante un jurado, puede usted llevarse me. Si dos hombres de New Hampshire no son una buena presa para el diablo, mejor es que vuelvan los indios a este país.

Scratch dió una zapateta en el aire. En el primer momento se había resistido a aceptar la oferta, pero teniendo en cuenta que un alma tan grande y apetitosa como la de Webster iba a pesar en uno de los platillos de la balanza, se aguzó su oído y decidióse a ceder... con algunas reservas mentales.

—Muy bien, seguiremos el camino que usted indica, señor Webster. Pero tendrá usted que admitir que éste no es precisamente un caso que pueda someterse a un jurado ordinario.

—Muy bien—comprendió Webster—. Sea de vivos o de muertos. El caso es que sea un juez americano y un jurado americano.

—De vivos o de muertos. Usted lo ha dicho. Que gane el que más razón tenga, señor Webster.

—Bebamos en prueba de ello, señor Scratch—propuso, pues lo empezaba a necesitar.

Behieron los dos hombres, mien-

tras Jabez se consideraba irremisiblemente perdido, a pesar de toda su confianza en Webster, porque sabía el poder del diabólico comerciante y estaba más enterado que nadie de sus astucias.

—¿Qué le pasa, Jabez? ¿Está usted perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Jabez, con un suspiro.

—Saciada la sed, Scratch abandonó la jarra y se dirigió a un extremo del granero, en donde golpeó el suelo, poniendo de manifiesto una desconocida trampa, que lentamente se levantó.

—¿Qué le pasa, Scratch? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

—¿Perdido? ¿Perdido? — preguntó Webster, mirándole con curiosidad.

—¡Perdido! ¡Perdido! — respondió Scratch, con un suspiro.

CAPITULO VI

EL PLEITO

Las gallinas dormidas en el granero se despertaron y escaparon desavoridas, el gato soltó un bufido y, anarcando su lomo, huyó como el viento. Jabez y Webster se alzaron estremecidos por un difuso horror, que erizaba sus cabellos, mientras las gotas de sudor perlaban su frente.

Y triunfal, seguro de sí mismo, Scratch fue presentando a los espectros que surgían de la trampa, translúcidos, demoníacos, espantosos, colocándose en un estrado invisible.

—Usted perdonará la correosa rigidez de uno o dos, señor Webster — se excusó burlón — Capitán Kid, mató hombres por dinero; Simón Girty, el renegado, quitó

hombres por dinero; Governor Dangle, martirizó hombres por dinero; el Monje Negro, los estranguló hasta la muerte; Floyd Ironson y Stadel Bennet, los diabólicos criminales; Walter Butler, el rey del asesinato; Big y Little Harp, ladrones y asesinos; Tench, el cortador de gargantas; Morton, el abogado prevaricador, y el general Benedict Arnold, al que usted recordará sin duda.

—Era un jurado de condenados! Cobardes, embusteros, traidores, asesinos... ¿Qué justicia podía haber en ellos? Sus almas no tardarían en reunirse a los espectros, cuya infernal impasibilidad patentizaba sus deseos de que aumentaran sus huestes.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—¡Esto es monstruoso!—protestó Webster.

—Usted pidió un juicio con jurados, señor Webster. Fué su sugerencia suya. De vivos o de muertos.

—Yo pedí un jurado imparcial.

—Todos son americanos—concluyó Scratch.

El alguacil golpeó con un invisible martillo en su mesa, produciendo un sonido hueco y horripilante. El juez Hawthorne, el famoso quemador de brujas, ocupó su sitio. Jabez casi se desmayó al ver sus ojos fijos y su calva y redonda cabeza. El juez hizo presentarse al acusador y al defensor, tras de lo cual preguntó:

—¿Está usted conforme con el jurado, señor Webster?

—Protesto contra el general Benedict Arnold, señor juez. Fué un completo traidor a la gran causa norteamericana.

—Se deniega la protesta. El juicio puede continuar.

Completamente abatido se sentó Webster, mientras la maligna alegría de Scratch se retrataba en el ademán con que se quitó el guante de la mano derecha. Y dijo:

—Señor juez... señores del jurado. Este caso no nos entretendrá mucho. Se refiere a una causa sola. La transferencia, donación o venta de una parte de una propiedad, con-

cretamente el alma, efectuada por Jabez Stone. Esta transferencia, donación o venta, está atestiguada por un contrato—dijo, pasándoselo al juez—Yo lo ofrezco como prueba y ruego que se marque como anexo número uno.

Intervino Webster para protestar de la prueba y del jurado, a quien acusó de parcialidad, pero el juez denegó la protesta y, a requerimientos de Scratch, el acusado, Jabez Stone, pasó al banco de los testigos, en un estado que es inútil intentar describir. Una risa semejante al roce de unas hojas secas, fué el recibimiento del jurado.

—Señor Stone, ¿firmó usted o no firmó usted aquel documento?—preguntó Scratch.

—Pero fué porque usted me engañó. Me dijo usted que mi alma no era nada, que yo podía despojarme de ella a cambio de dinero, sin daño alguno, pero todo era mentira, ¡mentira!—solloró.

Scratch suplicó al juez que borrara esta declaración y tornó al acusado averiguando si había cumplido el pacto en todos sus extremos. Jabez casi se postró de rodillas.

—Sí, soy el hombre más rico de estos lugares. Pero no puedo ver, no puedo pensar... en otra cosa que en dinero, dinero, dinero...

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

—Querido, yo no puedo ser responsable de las molestias que haya podido proporcionarle su grande e innecesaria conciencia — ironizó Scratch—. La acusación ha terminado.

En vista de que el jurado no sabía de su mudex, hizo el juez una pausa y declaró el caso conciso, ordenando al acusador que se llevara a su víctima. Inesperadamente, Webster intervino con desesperada energía:

—Yo protesto, señor juez. Yo deseo apelar a la sentencia para probar...

—No ha lugar apelación a este tribunal — fué la contestación—. Puede hablar si usted quiere, pero le prevengo, señor Webster, que si usted habla y no convence al jurado, usted también resultará condenado.

Sin fuerzas, Webster, en su asiento, se pasó la mano por la frente, intentando reunir sus pensamientos y su voluntad, mientras una sutil lucha le estremecía. En el postrer momento, el valor le fallaba, no por temor de ser condenado, como le amenazaban, sino de no ser lo suficientemente hábil para salvar a Jabez.

Miró desesperanzado a la jarra de ron. Inmediatamente apartó sus ojos de ella. El jurado se reía con

su tenebrosa carcajada, burlándose de su impotencia, de su esterilidad, repitiendo monótonamente:

—Perdido y olvidado... perdido y olvidado... perdido y olvidado...

Hasta parecer que las paredes hablaban con ellos, que todo respondía a esta amenaza. La burla le inspiró un frenesí violento, le enardeció para combatir contra lo que fuere. Dióse un palmetazo en la pierna y aulló:

—¡Callad!

Dificultosamente se quitó la chaqueta y la arrojó a un rincón. Le ahogaba un sorprendente calor. Vacilando como si estuviera ebrio, se adelantó unos pasos y reunió todas sus ideas en un alegato final:

—Señores del jurado, esta noche tengo la suerte de dirigirme a un grupo de hambres a los que conozco bien a través del folklore y de la historia, pero a los que nunca había pensado poder ver—dijo, con voz fatigada—. Mi poderoso contrincante, el señor Scratch, les ha llamado a todos ustedes americanos. Todos ustedes fueron americanos... ¡Oh, qué herencia tuvieron la suerte de preparar! Porque ustedes estuvieron presentes en el nacimiento de una poderosa nación y si a ustedes les fué obligado el oír aquellos primeros gritos de angustia, también les fué permitido cui-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

dar aquel estado incipiente, que nacía entre sangre y lágrimas. Se les ha reunido esta noche para juzgar a un hombre llamado Jabez Stone...

Hizo una pausa, tras de la cual su voz subió de tono, vibrando como un clarín sobre sus cabezas, hacia los confines de los campos:

—¿Cuál es su caso? Se le acusa de incumplimiento de contrato. Hizo un pacto para hallar un camino más corto en su vida a fin de llegar a ser rico rápidamente. La misma clase de pacto que ustedes mismos hicieron también.

Su índice señaló acusador al primero que interpelló, el cual bamilló la cabeza, mientras decía:

—Ustedes... Benedict Arnold, le hablo a usted el primero, porque usted es más conocido aquí que el resto de sus colegas. ¿Qué tonadas más diferentes se habrían cantado en honor suyo! Un amigo de Washington y de Lafayette... un soldado... Gerald Arnold, usted luchó con toda caballerosidad por la causa americana, hasta... ¿cuál es la fecha?... 1779... Una fecha que le quema el corazón ¡El brillo del oro le hizo traicionar aquella causa!

Abandonó al general, que parecía sollozar de vergüenza, y se refirió a Simón Girty, a Walter Butler, a todos en general, demostrando que el delito de Jabez era el mismo que

el de ellos: rebelarse contra su suerte.

—¡Señores del jurado! Es derecho eterno de todos los hombres, luchar y pelear contra su hado, pero el hombre se ofusca y no se da cuenta de que va contra su destino al hacerlo así. Ustedes siguieron la senda equivocada y eso mismo hizo Jabez Stone. Pero él se dió cuenta a tiempo. Y aquí está esta noche dispuesto a rescatar su alma.

Afirmó que pedía una oportunidad para Jabez, la misma que ellos deseaban, para que caminase por la tierra y la amase con el verdadero amor de un patriota: al aire, las hierbas, el cielo, a todas las cosas sencillas que sin alma no significan nada.

—El señor Scratch dijo a ustedes una vez que el alma nada significaba; ustedes lo creyeron y perdieron ipso facto su libertad. Libertad no es solamente una hermosa palabra, es el alimento de toda la humanidad, desde su principio, desde su amanecer y lo será hasta el final, hasta que el sol se ponga para siempre. Fue por la libertad por lo que nosotros vinimos a estas orillas en botes y en barcas. Y por ella soportamos y por ella sufrimos largos días, duros, difíciles y amargos. Sí, triste era entonces y quizá aún lo sea, ser hombre... luchar, vi-

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

vir; pero a pesar de ello hay algo grande y básico: el hombre libre.

Así llegó al final de su defensa, que resumió de la siguiente manera:

—Si, nosotros hemos plantado aquí la libertad como hemos plantado el trigo y hemos dicho a los ciclos que nos miran: "Debeis permitir que el hombre sea dueño de su propia alma". Y ahora, aquí está este hombre, vuestro hermano. Todos ustedes son americanos y no pueden representar para él la parte de la opresión... Dejad que Jabez Stone sea dueño de su alma, un alma que no sólo le pertenece a él, sino a su familia, a su hijo, a su país. Señores del jurado, no permitáis que en este país se halle oprimido, ni aun por el diablo. ¡Libertad para Jabez Stone! ¡Dios bendiga a los Estados Unidos y a los hombres que supieron hacer de esta nación un país libre!

Terminada su defensa, Webster se retiró a su asiento, mientras con él Scratch y Jabez esperaban anhelantes la decisión. El jurado, visiblemente emocionado, se consultó y se puso de acuerdo. El juez se lo comunicó a los dos hombres. El jurado, visiblemente emocionado, se consultó y se puso de acuerdo. El juez se lo comunicó a los dos hombres.

vancó y rasgando el contrato anunció:

—El jurado está de acuerdo con la defensa.

Una estúpida espantosa zaratando el edificio, los espectros desaparecieron. Unicamente quedó con los dos hombres, que se abrazaban conmovidos, Scratch, quien les siguió hasta la salida.

—Permítame felicitarlo de caballero a caballero, señor—dijo, alargándole la mano.

—Pero el senador la despreció; le agarró por el cuello de la chaqueta y le sacudió como si fuera una rata.

—Usted, con toda su frescura, su poca vergüenza, sus atrevimientos... ¡Bandido, granuja, entrometido y chismoso!

Y le aplicó un par de vigorosas patadas que le despidieron más allá de la puerta, que cerró de golpe, gritando:

—Y si yo alguna vez llego a ser presidente de los Estados Unidos...

En la lejanía se oyó la voz de Scratch, burlona, exasperante:

—Usted... usted no será nunca presidente. Ya cuidaré yo de ello.

Del árbol acusador se confirmó la terrible fecha.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Mary.—Está preparando una comida especial para usted.
Daniel se excitó al escuchar la
voz de su tía y dijo:
—¡Ah! ¡Qué bien!

Prepararon la mesa. Pero la alarma de Mary creció al ver presentarse a nuevos invitados de los que se apegaban el intendido.
—¿Y la empanada para el señor Webster?

—No te preocupes que ya está preparada. Daniel, ve y díles que aligeren. La comida se va a enfriar.

Mientras el chiquillo corría a cumplir el encargo, todos ocuparon las sillas, colocando al senador en la cabecera de la mesa. Todos los rostros resplandecían de satisfacción, especialmente desde que Jabez se declaró dispuesto a ingresar en la Asociación de Agricultores.

Empezaron a comer. La señora Stone iba y venía de la cocina a la mesa, atrafagada, pero feliz del inesperado trabajo que le había caído en gracia. Webster, calmado su apetito en parte, exclamó:

—¿Veis cómo no hay nada mejor que una comida campestre sencilla y buena, a estilo antiguo, en una mañana como ésta?... ¿Y dónde está mamá Stone?

—Vendrá en seguida — repuso

—Jabez, tu casa nueva está ardiendo— anunció Sharp, que se presentó corriendo.
—Me alegro. Las casas malditas marcan arder, pero me alegro de verte. Tom. Hay algunas otras cosas que quiero arreglar. Esos contratos.

Mary, al ver que Webster sacaba un fajo de papeles del bolsillo, se alarmó y les condujo hacia la mesa antes de que empezara la discusión, entrando, luego, en la casa, en donde la señora Stone estaba muy atareada entre sus pucheros.

—Madre, madre... Todavía viene alguien más.
—Ya los he visto.
—¿Hay bastante?— preguntó indicando la comida.
—Ya lo creo. Tenemos suficiente para todos. Pan y manteca, huevos y embutidos.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ SU ALMA

Mary—. Está preparando una sorpresa especial para usted.

Daniel se excitó al escuchar el final de su frase y gritó:

—Abuelita, ven.

—Ya está aquí.

La señora Stone, llevando cuidadosamente una bandeja tapada, se acercó a Webster y la destapó, poniendo de manifiesto una magnífica empanada, cuyo succulento olor llenó de agua la boca de Webster.

—¿Empanada de melocotón? —dijo el senador.

—Empanada de melocotón—afirmó gozosa la señora.

Pero Scratch no se había resignado fácilmente a la derrota ni al valupco consiguiente. Y, queriéndose vengar de su bondadoso enemigo, hizo desaparecer la empanada de la azafata.

—Pero, ¿qué diablos?...—protestó la buena mujer.

Rápidamente entró en la cocina y regresó con una torta de enorme tamaño, que hizo desorbitar los

ojos de los campesinos, quienes se rieron con ella, cuando dijo:

—Bueno, el que ríe el último...

Webster le dió la razón.

Scratch se comió a grandes bocados el apetitoso manjar, contempló un momento la granja de Jabez, desde donde le llegaban las risas y el rumor de la conversación de los comensales, y se relamió como un gato. Filosóficamente, se encogió de hombros y hundió la barbilla en el pecho.

A poco, sacó del bolsillo interior de su chaqueta la libreta fatídica y leyó contrariado varios nombres. La cerró de golpe y la guardó; después, apretó su ligero y estrambótico bastoncillo y se apartó del camino, con una maivada sonrisa, extendiendo su índice hacia delante, señalando...

Señalando a cualquiera de nosotros, que, menos mal, sabemos extraer de la lucha del diablo y de Webster una moraleja sabia, profunda y sencilla, como todas las cosas grandes.

FIN

